

Brigitte Helm
Jean Gabin



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



—TÍTULO—
DE LAS CANCIONES

OJOS DE MUJER
MI CORAZÓN NO ES MÍO

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALAN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de librería - Barberá, 16 - Barcelona

EDITORIAL
"AES"

Publicación semanal

ESTRELLA DE VALENCIA

Una novela donde la emoción adquiere un realce
máximo, puesto que en sus escenas vemos re-
flejada la triste realidad de muchas víctimas,
de seres inhumanos que aprovechan,
unas veces la desgracia y otras la
ingenuidad, para comerciar con po-
bres desgraciadas. Creación de

BRIGITTE HELM

PRODUCCIÓN



EXCLUSIVAS
Alianza Cinematográfica Española
Provenza, 273 - BARCELONA

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉPRETES

Marion	BRIGITTE HELM
Pedro	Jean Gabin
Patesco	Adolphe Garnier
Rita	Anna Maclaire

Dirección

ALFRED ZEISLER

— NARRACIÓN DEL FILM POR —

MANUEL NIETO GALAN

ESTRELLA DE VALENCIA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

TRAficantes en blancas

DESDE hacía tiempo la policía tenía noticias de que existía una banda de traficantes en blancas. Por más que había puesto en movimiento a los más expertos agentes, nada había podido sacar en limpio y los traficantes seguían obrando por su cuenta en una impunidad que parecía increíble en los tiempos actuales. Eran tales sus medios, sus procedimientos y sus maneras de actuar, que a pesar de todas las pesquisas y de todas las persecuciones nada podían contra ellos.

Sin embargo, a menudo salían cargamentos de pobres inocentes que engañadas por sus capturadores iban

a parar a mancebías donde hacían de ellas seres desgraciados, sin medios luego de poder huir del ambiente en que se veían metidas, ni poder regenerate sus vidas, deshechas por la ambición de aquellas personas inhumanas que para el logro de sus propósitos no sentían aprensión alguna de los medios que utilizaban.

No era solamente la policía de tierra la que perseguía de cerca a los que sospechaban que se dedicaban a este inicuo negocio, sino que también los policías de mar prestaban gran atención a todos los barcos que llegaban al puerto de Palma de Mallorca, temiendo que alguno de ellos sirviera a los traficantes para el transporte de aquella mercancía humana.

Una mañana, empezaba ya el alba a aclarar la nubosidad de la negrura de la noche, cuando un barco a toda máquina se dirigía hacia el Puerto de Palma de Mallorca. En su casco se leía claramente el nombre de «Estrella de Valencia» y su tripulación estaba compuesta por individuos de todas las clases, en cuyos rostros se advertía la desaprensión propia del individuo capaz de todos los actos delictivos.

Como decimos, el «Estrella de Valencia» iba a toda máquina y parecía tener gran empeño en arribar al puerto antes de ser visto por una pequeña embarcación que navegaba tras él.

En la cubierta, en el puente de mando, un individuo de raza mestiza, más bien negro que blanco, observaba desde el «Estrella de Valencia» a la otra embarcación, hasta que finalmente llamó al capitán del barco, que se acercó a él preguntándole:

—¿Qué ocurre?

—Mire hacia allí—le contestó.

El capitán se puso a observar el punto hacia donde señalaba el mulato, quien siguió diciéndole:

—Falua de policía a babor... ¡Nos persigue!

—Con tal de que no sea la «Leone»—respondió el capitán.

—Lo mejor será forzar la marcha—le aconsejó el mulato.

El capitán dió orden a las máquinas para que forzaran la marcha y el barco adquirió aun más velocidad de la que llevaba.

Mientras tanto, la pequeña embarcación que perseguía al «Estrella de Valencia» iba acercándose, al mismo tiempo que su oficialidad miraba insistente hacia el barco, sospechando que aquel pretendía huir de él. Desde la toldilla de mando, el comandante del barco y el oficial seguían con interés la huída del «Estrella de Valencia», hasta que el oficial le dijo:

—Ese barco no es español.

El comandante sonrió burlonamente y respondió:

—¿Por qué lo dice usted?

—Por el pabellón que lleva.

—Eso es lo de menos—replicó el comandante—. Sin duda lleva pabellón falso. Esperemos que entre en aguas españolas y podremos detenerle.

Así lo hicieron, y pasado un cuarto de hora el comandante, al darse cuenta que navegaban en aguas jurisdiccionales, ordenó a su oficial:

—Hacedle señal de que se detengan.

El oficial cumplió la orden y minutos después se hacían las señales por medio de banderas al «Es-

trella de Valencia», para que detuviese su marcha.

Entre la marinería de la «Leone» iba un joven marino, mecánico del barco y sargento de la armada, a quien uno de sus compañeros le dijo:

—Pedro, ¿es que vamos a ver lo que tiene dentro ese barco?

—Así parece—respondió seriamente Pedro.

La insistencia de las señales del barco de policía hizo exclamar al mulato del «Estrella de Valencia»:

—¡La policía!... Ya los tenemos aquí... ¿Qué hacemos?

—Mejor que registren ahora que no esta noche, cuando estemos en pleno trabajo—respondió el capitán.

—Detengámonos.

Inmediatamente fué transmitida la orden para que las máquinas dejaran de funcionar y minutos después una falua de la policía en la que venía el oficial de la «Leone», Pedro y otros marineros más, abordaron al «Estrella de Valencia» para requisarla.

El oficial, tan pronto entró en el barco, preguntó por su capitán y éste se le presentó diciéndole:

—Soy yo... ¿Qué desea?

—Quiero la documentación del barco—respondió el oficial—. Somos policía marina.

—Ya lo sé—respondió el capitán.

—Por eso lo tengo todo preparado.

—¿Puedo requisar el barco?—preguntó el oficial.

—Sin inconveniente alguno—respondió el capitán, al mismo tiempo que le entregaba la documentación.

El oficial cogió el rol del barco y leyó las anotaciones oficiales que decían: «Capitán Rustán. Treinta y cinco hombres de tripulación, sin cargamento».

El oficial, después de leer aquellos datos devolvió el rol al capitán y le preguntó:

—¿A qué van ustedes a Palma de Mallorca?

—Venimos a aprovisionarnos—respondió el capitán.

—¿A aprovisionarse, de qué?

—Este barco es un restaurant marítimo.

—¿Un barco restaurant?—exclamó extrañado el oficial—. No lo había oído nunca. ¿Me permite que lo visite?

—Con mucho gusto—respondió el capitán Rustán.

Mientras que se dirigían a los camarotes iba quedando más extrañado. Parecía mentira que un barco como el «Estrella de Valencia» estuviese equipado con tanto lujo. Los camarotes eran verdaderas alcobas de dormir, coquetamente instaladas. En todas ellas presidía el buen gusto y el lujo más refinado. Más que un barco restaurant, parecía aquello

un yate de recreo, cuyo propietario tuviese la intención de dedicarlo a un viaje de novios. No faltaba el menor detalle, ni la menor comodidad, dentro siempre de una exquisita coquetería.

El oficial no pudo menos que expresar aquella extrañeza y le dijo al capitán :

—Tienen ustedes camarotes preciosos.

—Sí—respondió el capitán Rustán, queriendo justificar aquel lujo—; de vez en cuando algún cliente quiere pasar la noche en el barco.

—¿Deben ser todos clientes muy ricos?—preguntó el oficial maliciosamente.

—No son pobres—contestó el capitán.

El oficial, que cada vez sentía más duda, le preguntó de pronto :

—¿Cuántas mujeres hay en el servicio de a bordo?

—¿Mujeres?—preguntó el capitán, haciendo un gesto de extrañeza.

—Sí, he querido decir que cuantas mujeres tienen ustedes en el servicio.

—Ninguna — replicó rápidamente el capitán—. Está usted equivocado, teniente, al pensar mal de nosotros.

El oficial sonrió interiormente, pensando que había dado en la cla-

ve de lo que era aquel barco, y sin querer exteriorizar su pensamiento, se contentó con decirle :

—Está bien. Ya he visto todo lo que tenía que ver.

—Como usted guste, teniente— respondió en tono amable el capitán.

—Si quiere seguir revisando, será para mí un placer el acompañarlo.

—Gracias, muchas gracias—respondió el teniente, dirigiéndose a cubierta para salir del buque.

Pedro y su compañero seguían esperando el regreso del oficial, cuando de pronto el amigo de Pedro se quedó mirando fijamente a uno de los marinos del «Estrella de Valencia» y le dijo a su compañero :

—Pedro... mira quien hay allí... ¡Es Beppo, nuestro antiguo compañero!

Beppo, a su vez, vió a los dos marineros, con quienes había estado embarcado anteriormente que en el «Estrella de Valencia», y corrió a saludarlos exclamando :

—¡Pedro!... ¡Mi buen amigo Pedro!

Pero al acercarse a éste, Pedro le dió un puñetazo que le hizo rodar por tierra, al mismo tiempo que se presentaba su oficial y preguntaba extrañado :

—¿Es usted quién ha pegado a este hombre?

—Sí, mi teniente—respondió Pedro.

—Está bien—contestó el oficial—. Cuando lleguemos a bordo quedará usted arrestado.

Y volviéndose al capitán Rustán le dijo :

—Perdone este desagradable inci-

dente, pero yo mismo me cuidaré de arreglar este asunto.

Saltó a la lancha en que había venido y volvió hacia el barco de la policía, mientras que el «Estrella de Valencia» reanudaba otra vez su marcha para entrar en el puerto de Palma de Mallorca.

LA EXPLICACION DE PEDRO

Su mismo compañero no podía explicarse a qué se debía la actitud de Pedro y en cuanto estuvieron a bordo de la «Leone» le preguntó:

—¿Por qué has tratado así a Bepo?

—Porque se lo merecía—respondió Pedro—. Es un mal amigo.

—Levantó un falso testimonio contra alguien a quien yo quería con locura.

Su amigo, al ver el gesto de pesar de Pedro, guardó silencio, temeroso de cometer una indiscreción, y Pedro le estrechó la mano con vehemencia diciéndole:

—Tú eres un buen amigo y a ti te puedo confiar mi secreto, más bien el dolor que me atormenta.

—Bien sabes que te aprecio, Pedro—le respondió el otro—; pero si

tu confesión puede causarte algún pesar, mejor es que no me digas nada.

—No importa—respondió Pedro—. Cuando un alma siente un pesar como la mía, necesita alguien a quien confiarle su pena. Parece como si se sintiera un gran alivio al confesar un dolor. Es un a especie de egoísmo, pero es tan hermoso encontrar a alguien que sepa comprendernos y que sienta con uno mismo...

El marino prestó atención y Pedro, con la vista puesta en el lejano horizonte, como si quisiera leer en lontananza toda la historia que iba a referir, suspiró tristemente y empezó diciéndole:

—Tú sabes que yo soy casado.

—Sí—respondió el otro—; lo que no sé es por qué dejaste a tu mujer.

—La dejé por culpa de ese miserable.

—¿De Bepo?—preguntó extrañado su compañero.

—Sí, por culpa suya...

Hizo una pequeña pausa y volvió de nuevo a decirle:

—Yo no había estado nunca enamorado, no sabía lo que era una pasión, hasta que encontré a mi mujer. Me bastó verla para sentirme fascinado por su belleza, por su voz, por sus ojos, por toda ella en general. Había en ella un no sé qué tan diferente a todas las otras mujeres que había visto hasta entonces, que no pude contener mi interés por ella.

Debí inspirarle el mismo sentimiento, puesto que a mis galanterías y a mis pretensiones no se sintió reacia. Ella era buena, honrada, humilde, y nuestro amor fué una dicha que parecía que nunca tendría fin.

—Entonces, ¿por qué la dejaste? preguntó su compañero.

—Espera—le respondió Pedro—. Yo creía en ella, como se cree en una madre, en una santa, en una Virgen. Nada me habría hecho dudar de ella, ni jamás habría pensado que me engañaba. Cuando volvía de mis viajes y encontraba sus brazos amorosos y la oía decirme con aquella dulzura que me amaba, pensaba que una mujer como ella no podía ser infiel. Había en sus palabras y

en sus caricias tanta sinceridad que hacía imposible la duda... Un día emprendimos uno de nuestros viajes y yo dejé en la ciudad a mi mujer, a Marión, sin otro pesar ni otra preocupación que el del alejamiento, y en aquel viaje fué donde cambió toda mi vida.

—¿Supiste algo contra ella?—preguntó intrigado su compañero.

—Supe algo que me produjo el dolor más grande de mi vida, algo que me hizo creer que el mundo se había acabado y que todo lo que fué había sido pura imaginación mía. Ese bandido de Bepo me habló de Marión, me dijo que me engañaba, me citó detalles tan precisos, hechos conocidos por mí mismo, y tanto empeño puso el miserable en hacer nacer en mí la duda, que llegué a creerle. Creí más en sus palabras que en las de Marión, y después de una escena violenta la dejé.

—¿Sin asegurarte si era verdad o no lo que te había dicho Bepo?

—No—respondió Pedro—. Estaba ciego. Los celos no me dejaban pensar nada y hasta que pasó algún tiempo, no recapacité y comprendí que había obrado demasiado ligamente. Entonces fué cuando me puse a indagar y cuando llegué a conocer que todo lo que me había dicho Bepo era mentira. Nada de cuanto él había dicho era verdad, y la única

verdad que existía era que Marión era buena, era digna de ser mi mujer, y que el canalla de Beppo la había pretendido y que al verse rechazado había ideado esa venganza.

—¿Y no buscaste luego a tu mujer?—preguntó su compañero.

—Claro que sí—respondió Pedro. —Durante mucho tiempo la he buscado por todas partes, pero sin dar con ella y sin saber siquiera dónde está. ¿Comprendes ahora por qué golpeé a Beppo?

—Yo le hubiera hecho más, en tu caso—respondió indignado su compañero. —Pero no debes desesperar; a lo mejor, cuando menos lo pienses la encuentras.

—Es difícil—respondió con pena Pedro Saavedra. —Y si la encuentro, ¿cómo presentarme a ella?... ¿Cómo decirle que todo aquello fué una equivocación mía? ¿Cómo hacerme perdonar el desamparo en que la dejé?

—¡Bah, no te importe!—le dijo su amigo. —Si es verdad que ella te amaba, sabrá perdonarte. Cuando una mujer ama de veras, todo lo sabe perdonar con tal de no perder el amor del hombre objeto de su pasión.

—Dios quiera que sea así!—respondió Pedro Saavedra.

—Por lo pronto—le dijo su amigo alegremente, pretendiendo animarlo,

—esta noche te vendrás conmigo y bajaremos a tierra para ir a algún sitio donde te quiten esa morriña, y déjate de pensar en lo que tiene que resolverse solamente por la casualidad.

En aquel momento entraban en el puerto y cada uno fué a ocupar su puesto para realizar las maniobras de atraque, sin que Pedro pudiera, a pesar de las palabras de su amigo, abstraerse a aquel dolor que minaba su alma.

Seguía amando a Marión con igual fuerza que siempre; es más, después de convencerse de la inocencia de su esposa, aquel amor se había convertido en la única pasión de su vida y el volver a encontrarla era la única esperanza que alegraba en algunos momentos la melancolía de su existencia.

Por fin, la «Leone» quedó atracada al puerto de Palma de Mallorca y frente al «Estrella de Valencia». Este, a diferencia de todos los demás barcos, no había atracado al puerto y había fondeado cerca de la boca del mismo, como si tuviese interés en que su salida no fuese advertida por nadie. El comandante de la «Leone» lo advirtió y le dijo a su oficial:

—Fíjese en «Estrella de Valencia», no ha querido atracar.

—Hubiera tenido que hacerlo al

costado nuestro—respondió el teniente.

—Tal vez haya sido esa la causa que ha decidido al capitán Rustán a anclar ahí... Ese barco se me hace cada vez más sospechoso.

—Yo tengo la seguridad de que se dedica al contrabando... y no precisamente de tabaco, ni de armas—respondió el oficial. —El lujo de sus camarotes hace creer que es un barco destinado al placer.

—¡Quién sabe, si después de tanto buscar hemos dado con lo que deseábamos!—replicó el comandante.

Una vez terminadas todas las operaciones, los oficiales fueron a bajar a tierra y el comandante, que se había enterado por el teniente del incidente ocurrido en «Estrella de Valencia», llamó a Pedro y le dijo:

—Saavedra, quedará usted de guardia hasta mi regreso... Mañana al amanecer zarparemos.

Salió del barco seguido del teniente y cuando estuvieron fuera el amigo de Pedro le dijo:

—¡Maldito castigo!... ¡Yo que te había puesto en la lista de mis invitados!...

También en «Estrella de Valencia» se hacían preparativos para emprender la marcha al amanecer, pero en las máquinas se había originado una ruptura y por más que el mecánico

trabajaba por arreglarla nada había podido conseguir.

Cuando el capitán fué a salir del barco quiso cerciorarse que todo estaba dispuesto para la partida y bajó a las máquinas donde vió al mecánico trabajando afanosamente y le preguntó:

—¿Qué sucede?

—No sé lo que pasa, pero esto no funciona normalmente... Por más que he hecho no he podido dar con la causa.

Rustán, al ver el incidente que podría impedir la marcha al día siguiente, exclamó de mal humor:

—¡No servís para nada!—Y volviéndose al mulato le dijo:—Diego, esta gente no saldrá adelante con la reparación. Será preciso que Patesco busque un técnico... Que nadie suba a bordo antes del mecánico, ¿entendido?

—Descuide, capitán—respondió el mulato.

Al ir a desembarcar, Rustán se dió cuenta de que estaba allí la «Leone» y le dijo a su segundo:

—La «Leone» está en el muelle. Habrá que partir inmediatamente que arreglemos «eso».

Saltó a la lancha y se hizo conducir hasta el muelle.

Pedro, mientras tanto, acodado sobre una de las bandas del barco recorría con la vista todo el puerto

de Palma de Mallorca, donde por primera vez hacía escala, mientras que en su mente seguía fija la idea de su mujer. Inconscientemente miraba todos los vendedores que recorrían el muelle ofreciendo sus mercancías y oía sus pregones, sin prestarle la menor atención. En aquella hora de la tarde el puerto de Palma aparecía lleno de gente. Unos eran vendedores, otros simples paseantes y curiosos que mataban sus horas mirando los barcos que estaban atracados, otros eran viajeros y amigos de estos últimos, que iban a despedir a los que se marchaban.

Todo era movimiento y agitación en aquellas horas del atardecer en el puerto. Por todas partes se veía un gentío inmenso, y Pedro, desde su puesto seguía con la vista a toda aquella gente, aun cuando no le prestaba la menor atención. De pronto sintió como si el corazón quisiera salirse del pecho y miró con insistencia hacia varios individuos que se acercaban al barco. Eran simples anuncios de un cabaret de Palma. Llevaban grandes carteles con la fotografía de la estrella del establecimiento, y Pedro creyó reconocer en ella la fotografía de Marion. Por si acaso tenía alguna duda, el hombre

que llevaba el cartel se acercó hasta la borda del barco y Pedro pudo leer la inscripción del cartel, que decía:

El Paraíso

*Varieté - Cabaret - Bailes Modernos
Marion Saavedra - Estrella cantante*

Pedro no apartaba la vista de aquellas carteleras, hasta que, de pronto, exclamó, creyéndose solo.

—¡Iré a verla!

—¿Qué dices?—preguntó su amigo, que estaba a su lado.

—Mira—le dijo Pedro, señalándole las carteleras—. Esa es mi mujer y es preciso que vaya a buscarla.

Su amigo lo miró extrañado. Sabía de sobras que aquella falta le costaría un severo castigo y le dijo:

—¿Qué vas a hacer?... No querrás abandonar tu puesto para ir a verla. Si el jefe te encontrara, lo pagarías caro.

—No me importa nada de lo que me pueda ocurrir—respondió Pedro.

—La he encontrado y no la voy a dejar ahora otra vez.

Y sin detenerse un momento se cambió de ropa y saltó a tierra para ir en busca de aquella mujer que consistía para él la ilusión más grande de su vida.

EL PARAISO

Era el «Paraíso» uno de esos cafés conciertos que tanto abundan en todas las poblaciones marítimas, donde un puñado de infelices mujeres tenía, no solamente que trabajar, sino que sufrir los malos tratos del empresario. Era este un tal Patesco, hombre sin corazón, ajeno a todo buen sentimiento y que no veía en aquellas mujeres más que un medio lícito, a su manera de ver, para ganar grandes cantidades.

El muy ladino se valía de los momentos de escasez monetaria de las artistas para prestarle salgún dinero con una ganancia exorbitante, y desde el primer instante que caían en las garras de aquel usurero, ya las muchachas no se veían nunca más libres de aquel hombre.

Marion Saavedra era una de las tan-

tas que habían sucumbido a la ambición de Patesco. Cuando quedó abandonada por su marido luchó heroicamente contra la miseria. Esperó durante varias semanas y meses la vuelta de su esposo, en la confianza de que su inocencia resplandecería y de que Pedro volvería otra vez a su lado. Mas, los días fueron pasando, los escasos recursos de que disponía fueron agotándose y finalmente, para no sucumbir de hambre aceptó un puesto en el cabaret de Patesco, quien después de oírla cantar creyó que era un abuena adquisición para su establecimiento.

Mas, lo que más llamó la atención de Patesco no fué el arte precisamente de Marion, sino la belleza. Era una mujer de unos veinticinco años, en la plenitud física de todos sus en-

cantos. Sus ojos negros, rasgados, de mirada acariciadora y dulce tenían el misterio profundo de una noche de amor. Su cuerpo esbelto, de líneas admirables, de piel morena y aterciopelada, incitaba a la pasión, y su boca, un poco grande, de labios carnosos y rojos como una herida, parecía estar sedienta de la caricia.

Patesco, como buen cantador de mujeres, advirtió todo aquello desde el primer instante y la admitió segura de haber hecho una buena adquisición.

Sin embargo, al poco tiempo de estar Marion en aquella compañía comprendió que aquel ambiente no era el que ella hubiera querido vivir; empezó a sentir asco por todo cuanto había en el cabaret, pero lo que más le fastidiaba, lo que le producía mayor repugnancia era el tener que alternar con los clientes y hasta admitir en alguna que otra ocasión las caricias lujuriosas de ellos.

Aquella vida y el recuerdo de su marido habían hecho de Marion una mujer melancólica, una mujer cuya sonrisa, más que expresar un estado de alegría de su alma, era un reflejo de la pena que interiormente llevaba. En cuanto conseguía estar sola se encerraba en su camerino y allí se pasaba las horas, esperando siempre, con la esperanza del que ama, de que algún día volvería Pedro.

La misma tarde en que la «Leone» atracaba al puerto, estaba Marion en su camerino cuando entró a verla una compañera, con quien Marion había simpatizado. Se llamaba Rita y era casi una chiquilla. Alegre, optimista, con esa alegría bulliciosa de los diecinueve años, Rita era la única persona que conseguía con sus charlas animadas y con sus risas alegrar un poco la tristeza de Marion.

Cuando entró en el camerino de ésta y la vió sentada, con la mirada fija en el suelo y pensativa, le dijo alegremente:

—¡ Marion !... ¿ Sabes quién llega hoy ?... ¡ Tu marido !

Marion se levantó de un salto, sin poder reprimir la alegría de su corazón, pero, descorazonada, inmediatamente respondió con infinito pesar:

—¡ Pedro ?... ¡ No puede ser !

—Te lo aseguro—insistió Rita—. La «Leone» ha entrado en el puerto.

Pero aquella noticia no consiguió disipar el gesto de pena de Marion, y su amiga volvió a decirle:

—Sonríete, mujer... Vas a ver de nuevo a tu marido.

Pero Marion seguía en el mismo estado y como si por su mente reviviese la escena última que tuvo con su marido, le dijo a su compañera:

—Un día mi Pedro volvió... estaba cambiado... le habían contado no sé qué calumnias de mí... Sin escuchar

mis explicaciones, tuvo una escena terrible... Llegó a pegarme... Estaba celoso, sin motivo...

En aquel momento entró el empresario acompañado de varias artistas, quienes rodeándolo, le preguntaban alegremente:

—¿ Iremos todos a esa fiesta de a bordo, señor director ?

—Primero habrá que terminar aquí la representación de la noche—respondió Patesco.

Se quedó mirando a Marion, y al ver que todavía estaba sin vestir, le dijo de mal humor:

—¿ Por qué no te has puesto el vestido todavía ?

—Porque eso no es un vestido... sino un desnudo... Mi contrato no me obliga a exhibirme así.

—¡ Valiente remilgos ! — exclamó despectivamente Patesco—. Si no quiere hacer lo que le mando, puede marcharse, pero tendrá que pagar una indemnización.

—¿ Una indemnización ?—preguntó extrañada Marion.

—Claro que sí—respondió burlonamente Patesco—. Hemos gastado un dineral en la publicidad, un mes de pensión, alquiler de trajes...

Marion calló, comprendiendo que estaba en poder de aquel hombre, y el empresario, seguro de que la había dominado, siguió diciéndole:

—Hemos combinado una fiesta

nocturna a bordo de un barco-restaurant. Iremos después de la representación de esta noche. Vendrás también a la fiesta y te pondrás ese vestido. Es una fiesta de gran lujo, en el «Estrella de Valencia».

Cada artista se fué a su camerino, mientras que en el de Marion se quedó Rita, que le dijo:

—Hoy será para ti un día de alegría... Cuando veas a Pedro me gustaría verte por un agujero.

Marion se echó a reír de aquella salida de su compañera y luego, dando ya por seguro de que su marido llegase aquella noche, le dijo:

—¡ No quiero que Pedro me vea trabajar aquí !

—Vamos, no seas tonta—respondió riendo—. Si se te ve que no estás deseando otra cosa más que verlo... ¿ Quieres que te diga lo que pasará ? Pues, verás. Patesco llegará a la puerta diciéndote que un cliente desea verte... Y el cliente será él...

—No lo esperes—respondió melancólicamente Marion—. ¿ Sabes lo qué dirá Patesco ? Pues, dirá que en un palco me espera un comerciante gordo y que no me descuide de hacerle beber mucho champán.

Mientras hablaba Marion, Rita se había acercado a la puerta, y sin que la viera su amiga llamó a la puerta, para gastarle una broma y Marion exclamó, al sentir los golpes:

—Llaman... ¿Será él?

Rita se echó a reír alegremente y le respondió:

—¿Ves cómo piensas en él?... Llamé para probarte...

Marión no quiso seguir negando más tiempo y se abrazó a su amiga, diciéndole:

—Rita, si no viene, no sé qué será de mí.

—Vendrá—respondió la joven—. Ten la seguridad de que vendrá.

En aquel momento se abrió el camarote y apareció Patesco, que al oír a la joven, le preguntó extrañado:

—¿Quién dice que vendrá?

Rita, para disimular y evitar que Patesco pudiera impedir que viese su amiga a su marido, en caso de venir, le respondió rápidamente:

—¿Quién quiere usted que venga?... Vendrán muchos comerciantes gordos, con carteras repletas y capaces de beber ríos de champán.

Patesco sonrió ante la visión de aquella ganancia que le ofrecía Rita y le dijo afectuosamente, cosa bien rara en él:

—Anda, anda, que te toca tu número.

Rita salió del cuarto de su amiga y a poco apareció en el escenario. Su presencia fué saludada con aplausos e inmediatamente se puso a cantar la siguiente canción:

OJOS DE MUJER

*Es el hombre valeroso y atrevido.
Mas, no tarda en caer rendido
del amor al dulce juego.*

*Si le atacan con su fuego,
unos ojos de mujer,
uno sojos de mujer.*

¡Señores, atención!

*Nuestros ojos adorables
son abismos insondables
que rebosan seducción.*

*Ver su fondo es peligroso,
pues un vértigo espantoso
causará su traición.*

Cuando terminó de cantar bajó del escenario y uno de los clientes la invitó, diciéndole:

—¡Es usted deliciosa!... ¿Tiene usted inconveniente en que la invite a nuestra mesa?

—Antes tengo que cambiarme de ropa—respondió Rita.

Y sin esperar a más, se fué hacia el interior del cabaret, para ir a su cuarto y cambiarse el vestido.

Pedro, después de haber vagado durante varias horas por los alrededores del cabaret, sin atreverse a entrar, decidió, finalmente, arrostrar el mo-

ESTRELLA DE VALENCIA

mento de ver a Marion y entró por la puerta de los cuartos de las artistas. Iba de uno a otro buscando el de Marion, hasta que finalmente fué descubierto por Rita. Esta, se quedó mirándolo fijamente y reconoció en aquel hombre al mismo que tantas veces le había enseñado su amiga en retrato. Con aquella ingenuidad tan propia en ella se fué directamente hacia Pedro y le dijo:

—Estoy segura de que usted es el marido de Marion, ¿verdad que sí?

—En efecto—respondió Pedro—. ¿Sabe usted dónde podría verla?

—Claro que sí lo sé—respondió alegramente la muchacha—. Venga conmigo. Yo mismo lo llevaré donde está ella.

Pedro siguió a la joven hasta el camerino de su esposa y una vez en él, Rita lo hizo entrar, diciéndole a su compañera:

—Mira a quien te traigo aquí.

Los dos esposos quedaron durante un rato sin saber qué hacer. Era tal la emoción que sentían en aquel instante, que la misma alegría los tenía cohibidos, sin dejarles expresarla tal y como la sentían.

Rita, en vista de aquella actitud, les guiñó pícaramente un ojo al mismo tiempo que les decía sonriendo maliciosamente:

—Aprovechad el tiempo... pronto vendrá tu número, Marion.

Salió del cuarto dejando a los dos esposos solos y Marion, pasado el primer momento de impresión corrió a los brazos de su amido, diciéndole:

—¡Por fin has vuelto, Pedro!... ¡Cuánto tiempo he esperado este momento! Había algo en mí que me decía que volverías... No sé lo qué era, pero tenía la seguridad de que no me habías olvidado.

Pedro, sin fuerza para pronunciar palabra ante aquellas demostraciones de cariño de Marion, de aquella mujer a quien él había ultrajado tan injustamente, la estrechaba fuertemente contra su pecho y ella volvió a decirle:

—¡Si supieras cuánta fué mi desesperación, cuando me dejaste...

Pedro la besó afanosamente, como si quisiera desquitarse en aquel instante de todos sus sufrimientos pasados y le dijo:

—Dime que me perdonas, Marion.

—¿Cómo no voy a perdonarte, si te amo como siempre?—respondió cariñosamente ella.

—Pero yo estuve loco, Marion. Fueron los celos los que me cegaron... Creí todo lo que me dijeron y no quise escucharte...

—No pensemos en lo que pasó—respondió Marion alegramente—, pensemos ahora en lo felices que podemos ser aún. La vida vuelve a son-

reírnos nuevamente y hay que olvidar todas las penas.

—Llevas razón—exclamó Pedro. Ahora es cuando creo que podré ser feliz. Sin ti la vida no tenía objeto alguno para mí. Tu recuerdo no me abandonaba un instante y de día y de noche, tu nombre no se apartaba de mi mente.

Marion sonreía gozosa ante aquel amor que ella estimaba en tan alto valor. Se veía al lado de su Pedro y la dicha de aquel instante no la habría ella cambiado por ningún tesoro del mundo.

Al cabo de un rato Pedro, pensando en el peligro que corría si era descubierto por algún oficial, se levantó para marcharse, y Marion le preguntó:

—¿Te marchas ya, Pedro?

—Querría quedarme—respondió él—pero he dejado la guardia por venir... Si me encontraran tendría un severo castigo.

—Pero, espérate un poco más—suplicó ella, echándole los brazos—. Sólo cinco minutos... el tiempo de vestirme únicamente.

Pedro accedió a lo que le suplicaba su mujer, y segundos después entró Patesco acompañado de un señor, diciéndole a Marion:

Este señor quiere invitarla.

—Luego iré—respondió Marion, in-

dicándoles a los dos que se marchasen.

Salió el dueño acompañado del cliente y Pedro se quedó mirando a su mujer, interrogándole con la mirada, qué quería decir aquello. Marion comprendió lo que pasaba por su esposo y le explicó:

—Debe ser un cliente de la casa.

—¿Un cliente?... ¿Tú te das cuenta de lo que dices?

—Sí, Pedro—respondió ella—. Desgraciadamente sé lo que me digo. Esto es una especie de céfè concierto. Estamos obligadas a dejarnos invitar por los clientes... Yo empiezo hoy este trabajo. Hasta ahora sólo tenía que cantar.

Pedro sintió la sonroja que le producía el que su mujer tuviera que alternar con los clientes de la casa y decidido a sacarla de aquel ambiente, le dijo:

—No quiero que sigas aquí. Vente conmigo en seguida.

Marion bajó la vista dolorosamente y como un suspiro respondió melancólicamente:

—No puedo marcharme, Pedro.

—¿Que no puedes marcharte?... ¿Quién te lo impide?

—Me lo impide mi contrato. Tengo firmado un contrato y tendría que pagar una indemnización en caso de rompimiento.

—Déjate de tonterías—exclamó su

marido—. Saldremos de aquí inmediatamente. Si es preciso yo pagaré esa indemnización.

—Nada de escándalo, Pedro—le suplicó ella mimosamente, temiendo por que él fuera descubierto—. Llamaría a la policía y te encontrarían aquí... No quiero que sufras ningún castigo por mi causa.

Pedro comprendió la razón que tenía su mujer, pero, no obstante, decidido como estaba a sacarla de allí, respondió:

—¿A cuánto asciende la cantidad que tienes que pagar?

—A mucho—respondió ella—. Tendría que pagar el alquiler de los trajes y un mes de pensión... Acaso mil pesetas.

Pedro quedó unos segundos sin decir palabra. Pensaba que él no disponía de aquella cantidad y buscaba entre sus amistades quién podría ser el que le prestase aquella suma, y se acordó de su amigo José. Su compañero era el único que tenía ahorros a bordo y el único también que no dudaría en dejarle las mil pesetas para salvar a Marion. Confiado en ello, le dijo finalmente a su esposa:

—Ya sé donde encontrar las mil pesetas. José me las prestará.

Y mientras que él pensaba en su amigo como el único medio para poder librarse a Marion de las garras de aquel infame Patesco, José en el ca-

fé del Trocadero, se divertía con una muchacha, quien insistía a que jugase.

—¿No juegas, príncipe?—le decía la joven incitándolo—. Hoy ganarás lo que quieras, porque yo estoy a tu lado.

José dudó un poco, puesto que conocía de sobras las artes de aquellos jugadores. Pero pensando que él tampoco era manco en el manejo de las cartas, terminó por acceder a la petición de ella y se puso a jugar.

En seguida se dió cuenta de que le hacían trampas, pero sobre sus contrarios tenía una ventaja, y era el que él sabía que eran unos fulleros y ellos creían que jugaba lealmente, cuando, en realidad, José hacía las mismas fullerías que los otros.

En resumen, que cuando terminó la partida José había ganado un puñado de pesetas, que se guardó bonitamente en la cartera, sin darse cuenta que al mismo tiempo que él se la guardaba la mujer que iba con él se la quitaba limpiamente y se la entregaba a otro hombre que estaba junto a ella.

Decidido a buscar las mil pesetas, Pedro se despidió de su mujer, pero ésta lo detuvo, diciéndole:

—Yo tengo que ir también a escena—le dijo ella—. No tardes en venir a buscarme.

—Descuida—le dijo él besándola—. No tardaré en volver.

Entonces se dió cuenta Marion de que si le veían en la ciudad de uniforme sería detenido por la ronda militar, y le dijo:

—Pedro, no quiero que vayas a la ciudad de uniforme. Si encuentras la patrulla de vigilancia te detendrá.

Rebuscó entre sus vestidos y sacó un traje de mecánico, diciéndole:

—Toma, ponte este traje.

Pedro quedó extrañado al ver en poder de su mujer un traje de hom-

bre y Marion sonrió, comprendiendo sus celos, y le dió mimosamente:

—No seas chiquillo. Una vez tuve que cantar un número vestida con él.

Y para que se convenciese, le enseñó un retrato donde ella estaba vestida con aquel traje de mecánico, y Pedro quedó satisfecho finalmente.

Encima del mismo uniforme se puso el traje de mecánico y salió del cuarto de Marion, encontrándose en la misma puerta con Patesco y el capitán Rustán.

LA ACTUACIÓN DE MARION

Momentos antes de salir Pedro del camerino de su mujer, había llegado al cabaret el capitán Rustán, quien se encerró en el despacho con Patesco, quien le dijó:

—El negocio de hoy es precioso...
No hay ninguna exposición.

Rustán sonrió burlonamente y le respondió:

—No tan bonito como te figuras.
En la «Leone» hay un tenientillo que
me ha hecho reflexiones un poco mo-
lestas... Si mañana vuelve a visitar-
nos...

—¿Mañana?—preguntó riendo el dueño del cabaret. Mañana estaréis lejos de aquí.

—Es que tenemos una máquina estropeada y nuestro mecánico no encuentra el defecto.

—No te apures—respondió Patesco.
—Traeré un individuo para que la repare y dentro de una hora... ¡Buenas noches!

Patesco llamó por teléfono y al cabo de unos minutos abandonó el aparato, diciéndole al capitán:

—No estamos de suerte, Rustán.
—¿Qué ocurre?—preguntó aquél.

—Nuestro nombre está de viaje y no puede ir a hacer la reparación.

—Es un gran inconveniente—respondió Rustán contrariado—. La policía es demasiado curiosa y temo

una nueva visita suya.
—¿Qué es lo que temes?... ¿Qué

registren el barco?... Lo más que podría pasar es que te colgasen—le dijo riendo y en tono de broma, Patesco.

—¿No has pensado que me harías

tú también compañía—le dijo el capitán.

—Bueno, vamos a ver si podemos hacer algo. Encerrados aquí no hacemos nada.

Salieron del despacho y en aquel momento fu cuando vieron salir del camerino de Marion a Pedro vestido de mecánico.

Patesco creyó encontrar la solución al conflicto que tenía planteado y entró decidido al camerino de Marion, diciéndole:

—¿Quién es ese individuo que estaba aquí?

—Un antiguo amigo—respondió Marion, pretendiendo ocultar la personalidad de Pedro y los lazos que la unían a él—. Está aquí de paso.

Patesco miró despectivamente a Marion y repuso:

—Valientes amigos... ¡Un mecánico!

—¿Qué clase de mecánico es?—preguntó Rustán.

Marion no supo qué decir y el mismo Rustán le dió la respuesta, preguntándole:

—Es mecánico de la marina?

—Sí—exclamó Marion, viendo el medio de salir airosa de aquella situación.

—Conoce bien el oficio?—preguntó de nuevo el capitán.

—Dicen que es de lo mejor que hay—contestó Marion.

—Pues, tengo un trabajo para él.

Marion se arrepintió de lo que había dicho, temiendo que pudiera ser descubierto y se apresuró a responder.

—Es que está muy ocupado... No sé si podrá.

—Se le pagará muy bien—insistió el capitán—. ¿Hacia dónde ha ido?

—Hacia el Trocadero—respondió Marion.

Rustán y Patesco salieron del camerino de Marion y una vez que estuvieron fuera, el capitán le dijo a su socio:

—Voy a buscar a ese hombre. Le ofreceré lo que sea necesario con tal de que me haga esta misma noche la reparación en las máquinas.

Dentro, en la sala del cabaret, la alegría y el bullicio era en aquella hora de la noche verdaderamente alucinante. Todas las mesas estaban ocupadas y no había ni un sólo palco vacío.

En uno de ellos se hallaban el comandante de la «Leone», el teniente y Rita.

Entre estos dos últimos existía una antigua amistad, que poco a poco iba convirtiéndose en algo más. La ingenuidad de Rita, su alegría continua, la viveza de la muchacha y su belleza, atraían al teniente, haciéndole desear la estancia en tierra, más

que por nada por estar al lado de Rita.

Se hallaban los tres en el palco riendo animadamente cuando la música empezó a tocar y Rita exclamó:

—Mi amiga Marion va a cantar.

—¿Quién es esa Marion?—preguntó el comandante.

—Es una nueva estrella. Ya veréis qué bien canta y qué guapa es.

Se levantó la cortina del escenario y apareció en el centro Marion. Su cuerpo, iluminado por los reflectores, parecía aún más hermoso y sus ojos brillaban más fuerte bajo la negrura acharolada de un sombrero de ala ancha. Un traje negro servía de envoltorio a aquel cuerpo divino y la majestuosidad rítmica de sus movimientos parecía incitar al placer. En sus labios aparecía una sonrisa fresca, optimista, rebosante de alegría, como lo estaba su alma en aquellos momentos, pensando en la vuelta de Pedro, y el comandante de la «Leone» no pudo menos que exclamar:

—¡Hermosa mujer!

—¿Te gusta?—preguntó Rita al teniente.

—Ya sabes que solamente tú me gustas—respondió él.

—No seas tonto—le dijo ello mimosamente—. Yo no puedo tener celos de ella. Marion es muy bue-

na y nunca me haría una mala pasada. Somos muy amigas.

—¿Pero no dices que es una nueva estrella?—preguntó sonriendo el comandante.

—Sí—respondió Rita—; pero eso no importa para que hayamos simpatizado y nos contáramos nuestras vidas.

Callaron, al ver que la artista comenzaba a cantar, y escucharon una canción que decía:

MI CORAZÓN NO ES MÍO

Aunque os tiendo los brazos y os
sonrí,
mi corazón no es mío
y no os lo puedo dar.

Aquel a quien amé quiso llevárselo
y no pude negárselo;
con él se fué a través del mar.

Cruzando el mar y la montaña
sigo la ruta que no engaña;
a aquel amor quiero ser fiel.

Constante y firme hasta el regreso
guarda mi boca un tierno beso.
¡Sólo para él!

Siguió la orquesta el estribillo de la canción, mientras que Marion, demostrando ser tan buena bailari-

na como cantante, punteaba la música, dando a su cuerpo un ritmo armónico, acompañado, que la hacía aparecer en medio del escenario como una diosa pagana.

Mientras tanto, Pedro había encontrado a José y éste al verlo a aquella hora de la noche fuera del barco, le preguntó asustado:

—¿Qué haces aquí, muchacho? ¿Abandonaste la guardia?... Cuando lo sepan te vas a divertir.

—No me importa lo que me pase, pero tenía necesidad de buscar a mi mujer.

—¿Y la has encontrado?—le preguntó su amigo.

—Sí—respondió Pedro—, por eso he venido a buscarte. Necesito que me prestes mil pesetas... Ya te explicaré luego.

José se echó mano a la cartera para entregarle la cantidad que le pedía y entonces fué cuando se dió cuenta de que se la habían robado. Inmediatamente sospechó de la mujer que había estado con él, y sin decirle nada a su amigo echó a correr para detenerla, mientras que Pedro quedaba otra vez solo, sin saber qué era lo que le había ocurrido a su compañero.

Sin saber qué resolución tomar echó a andar hacia el muelle, cuando se le acercó el capitán Rustán, que le dijo:

—¿Quiere usted hacer una reparación urgente en una máquina?

—No tengo ganas de trabajar—respondió Pedro.

—Le daré quinientas pesetas—insistió Rustán.

Pedro se quedó pensativo. Tal vez se le presentaba la ocasión de poder reunir las mil pesetas que necesitaba para salvar a Marion y por lo mismo, le respondió:

—No me interesa si no son mil pesetas.

—Es sólo cuestión de una hora—dijo Rustán.

—Así y todo—respondió Pedro—. No cobro menos por un trabajo de noche.

—Le daré ochocientas—volvió a ofrecerle el capitán.

Pedro advirtió el deseo que tenía aquel individuo en realizar en seguida la reparación y le preguntó:

—Tiene usted prisa por partir, ¿no es eso?

—No lo niego. Por eso le pago tan bien.

—Pues si no me da las mil, es útil que discutamos.

Y sin esperar la respuesta del capitán, hizo ademán de marcharse. Rustán, sin embargo, lo detuvo y le dijo:

—Espérese... Le daré las mil pesetas que desea.

—Pero, le advierto que yo quiero cobrar por adelantado.

—No hay inconveniente. En el barco se las entregaré antes de que empiece a trabajar.

Echaron a andar hacia el embarcadero para coger el bote que los llevaba al «Estrella de Valencia», y una vez que llegaron a él embarcaron y se dirigieron hacia el vapor, para que Pedro reparase la avería de las máquinas.

Marion había terminado de cantar y bajó a la sala. En una mesa se hallaba un comerciante forastero, y al ver la belleza de la joven, la llamó para que se sentase a su mesa. Marion hizo como que no le oía, pero el individuo se levantó y la cogió por la mano, diciéndole:

—No quieras sentarte conmigo, preciosa?

—¿Por qué no?—respondió Marion, haciendo un esfuerzo para vencer su repugnancia.

El individuo le ofreció una silla y Marion se sentó junto a él.

Desde el palco donde estaba Rita con su amigo y el comandante de la «Leone» no le quitaban la vista a Marion y el comandante al ver que se sentaba con aquel individuo y comprendiendo que lo hacía de mala gana, exclamó:

—Voy a birlársela a ese gordiflón.

Saltó del palco y se fué directa-

mente adonde estaba Marion, diciéndole a su acompañante:

—Esta mujer estaba conmigo. Uséte dispense.

Y sin esperar a más explicaciones se la llevó a su palco. Rita la hizo sentar junto a ella y Marion se halló mucho más a gusto entre aquellos amigos que no al lado de aquel comerciante, que ya empezaba a insinuar su lujuria, pretendiendo tocarla.

Una vez allí, Rita, le preguntó por bajo:

—¿Dónde está Pedro?

—Volverá en seguida—respondió Marion—. Ha ido a buscar el dinero.

El comandante llamó la atención de Marion y ésta se volvió hacia él, dejando a su amiga.

Era el comandante de la «Leone» un hombre correctísimo, un verdadero caballero en toda la extensión de la palabra y su conducta con Marion, a pesar del ambiente en que la había encontrado, no dejaba de ser respetuosa. Se advertía en él al hombre educado, al hombre acostumbrado a saber respetar a las mujeres y esto hacía a que Marion, cada vez se sintiese más a gusto con la compañía que había tenido la suerte de encontrar.

El comandante tenía para con ella atenciones, no de hombre que se cree con derecho sobre una mujer, sino atenciones propias de un hombre ga-

lante para con una mujer a quien por primera vez ha visto.

Cuando pasó la florista cerca de su palco, le compró un hermoso ramo de flores y Marion agradeció la atención con una sonrisa, mientras que Rita exclamaba entusiasmada :

—¡Qué flores tan lindas!

—¡Es usted muy amable! —le dijo Marion aceptando el obsequio.

—¿Lo dice por las flores? —preguntó el comandante.

—¿Por qué iba a decirlo? —preguntó sonriendo ella.

—No vale la pena —replicó el comandante—. Usted se merece mucho más. Desde el primer instante he advertido que usted es una mujer muy diferente.

—¿Diferente?... ¿En qué? —interrogó sonriendo Marion.

—Diferente a muchas que he conocido en estos mismos lugares. Hay en usted un algo especial que la distingue de todas las demás.

—¿Tal vez sea que soy más sosa que las otras? —exclamó Marion—. Yo no sé divertir.

—Eso es lo menos —exclamó el comandante—. Hay quien gusta divertirse haciendo mucho ruido, otros creen que divertirse es emborrachándose, y hay también quien está seguro de que no puede divertirse, si no es ofendiendo a la mujer que le acompaña.

—¿Usted no se parece a ninguno de esos? —preguntó coquetamente Marion.

—Absolutamente a ninguno. Para mí la mujer tiene un encanto especial, cuando esta mujer sabe mantener la atención de un hombre, tan solamente con su conversación... y la de usted no puede ser más agradable.

Marion, cada vez se sentía más satisfecha de la compañía del comandante. A medida que pasaba el tiempo advertía que era un caballero y que junto a él ningún peligro corría.

Mientras ellos hablaban amistosamente, Rita y el teniente no dejaban de arrullarse y Marion llamó la atención del comandante, diciéndole :

—Parecen dos tórtolos, ¿verdad?

El se echó a reír y le respondió :

—Crea usted que lo son. Son dos chiquillos y la alegría de los dos se ha encontrado. Forman una hermosa pareja... Yo disfruto solamente con verlos juntos.

—¿Le quiere usted mucho? —preguntó ella.

—Sí, casi puede decirse que toda su carrera la ha hecho a mi lado. Más que un subalterno lo trato como si fuese un hijo mío.

El camarero se acercó en aquel instante con dos botellas de champán y el comandante destapó una ofreciéndole una copa a Marion, que la bebió de un sorbo, exclamando :

—Tenía mucha sed.

—¿Quiere usted repetir? —le indicó el comandante.

—¿Y si me mareo? —respondió sonriendo ella.

—Entonces le aconsejo que no beba más —le dijo el comandante, demostrando en todo instante que su único deseo era el de conversar con ella.

Mientras tanto, Pedro había llegado al «Estrella de Valencia» y Rustan lo llevó directamente adonde estaban las máquinas.

Una vez que lo dejó allí, subió a cubierta y Pedro vió acercarse a Beppo. Este, al ver quién era el maquinista que habían traído, exclamó extrañado :

—¡Tú aquí!

—Sí, yo mismo —respondió Pedro sonriendo—. Supongo que no te habrán quedado ganas de más historias... Pero no te guardo rencor... ¡La vida es hermosa!... He encontrado a Marion y se viene conmigo.

—¿Y cómo te has prestado a reparar esta avería?

—Porque necesitaba dinero —respondió Pedro.

—¿Pero tú sabes qué clase de barco es éste? —le dijo Beppo.

—Sí, ya sé que es un barco-restaurant.

—No lo creas —exclamó confidencialmente Beppo—. Este es un bar-

co contrabandista... de carne humana.

—¿Qué quieras decir? —preguntó extrañado Pedro.

—Lo que oyes. Se dedica a llevar mujeres a otros puertos.

—Ya me lo figuraba —replicó Pedro—. Primero me figuré que se trataría de contrabando.

—Eso fué en un principio —le explicó Beppo—. Después del tabaco vinieron las mujeres.

Pedro soltó las herramientas que tenía y exclamó :

—Si es así, me marcho de aquí. Es mi ocasión para dar un golpe de mano.

Pedro había pasado desapercibido para el capitán, pero no así para el mulato, quien lo había reconocido y le dijo a Rustan :

—¿Se ha fijado en ese hombre?

—No —respondió el capitán.

—Pertenece a la policía de marina. Vino esta mañana con la falúa que nos requisó. Es un hombre peligroso.

Rustan se sonrió irónicamente y exclamó :

—Peligroso o no, reparará la avería y después ya veremos.

Bajó inmediatamente a las máquinas, en el preciso momento en que Pedro intentaba marcharse, y le dijo al ver que pretendía irse :

—¿Dónde va usted?

—Capitán—le dijo Pedro—, quiero devolverle el dinero... No puedo hacer la reparación.

Rustan se le quedó mirando fijamente y le preguntó:

—¿No puede usted... o no quiere?

Y antes de que Pedro pudiera ponernse a salvo, sacó su pistola y lo encañonó, diciéndole:

—Le doy una hora de tiempo... Si al cabo de ella no está todo arreglado, habrá tiros. Te quedarás a bordo hasta que hayamos pasado la frontera marítima. Entonces podrás volver y presentar mis excusas a la policía.

Pedro comprendió que no tenía salida alguna y que no le quedaba más remedio que arreglar la avería si quería salir con vida de allí. Por lo mismo, se puso a trabajar, bajo la vigilancia del maquinista del barco, que no le quitaba ojo de encima. También estaba con ellos Beppo, que buscaba la ocasión de poder ayudar a su antiguo amigo y compensar con aquella acción la mala pasada que le había hecho en otro tiempo.

Por fin, al cabo de un rato, cuando Pedro vió que el capitán se marchaba a la cubierta, le dijo al maquinista:

—Es preciso que suba a ver los cilindros.

—Yo te acompañaré—respondió el maquinista.

Subieron los dos y al encontrarse en mitad de la escalerilla, Pedro le dió una patada al maquinista, haciéndole caer sin sentido dentro de la sala de máquinas.

Inmediatamente se puso en salvo y el mismo Beppo le dijo:

—Vete hacia popa, yo despistaré a los otros por si acaso no has dejado inútil al maquinista.

Siguió Pedro el consejo de Beppo y precisamente cuando él se oculaba aferrado a la maroma de popa, el capitán Rustan entraba a las máquinas y al ver al maquinista en el suelo, consiguió animarlo y le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Se ha escapado!—exclamó el maquinista.

Subió en seguida a cubierta y reunió a la marinería, dándole orden de que buscaran inmediatamente a Pedro.

—Yo he visto a un hombre correr hacia proa—exclamó Beppo.

—Vamos para allá—ordenó Rustan.

Corrieron los marineros hacia el lugar que les había indicado Beppo, pero sólo vieron la gorra que se le había caído a Pedro, y Beppo, sin esperar ninguna orden, disparó so-

bre ella, para hacerles creer que había herido al fugitivo.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó Rustan al oír la detonación.

—Le he visto huir y le he tirado—exclamó Beppo.

Rustan se acercó a la banda y al ver flotando la gorra del mecánico quedó algo más tranquilo.

Sin embargo, Pedro, aferrado a la maroma, esperaba tranquilamente que terminase su persecución para coger la lancha y dirigirse al puerto.

Al cabo de media hora, seguro de que ya nadie lo buscaba, trajo hacia él el bote que estaba amarrado al barco y procurando hacer el menor ruido posible se fué a tierra, para correr en busca de su mujer.

Mientras tanto, ésta seguía en el cabaret en compañía del comandante de la «Leone» y de sus amigos Rita y el teniente.

El comandante le ofreció una nueva copa de champán y Marion la bebió, diciéndole:

—Es mi última copa.

—¿La última?... ¿Por qué?—preguntó el comandante extrañado.

—Porque ya no beberé más en este cabaret.

—¿Tiene algún otro contrato?—preguntó el comandante. —En el teatro, tal vez?

—No—respondió sonriendo con in-

tima satisfacción Marion—. Vuelvo a mi casa, con mi marido.

—¿Entonces se convertirá usted en una burguesita?... No me la puedo figurar metida dentro de la cocina.

—¿No me cree usted capaz?—preguntó riendo Marion—. Pues sé condimentar excelentes platos...

—¿Me invitará usted?—preguntó el comandante.

—No podrá ser... No lo permitiría mi marido.

—¿Es celoso?

—Mucho... Además, tiene derecho a serlo; para eso es mi marido.

—¿Y cómo es que no está con usted?... ¿Vive aquí en Palma?

—¡Oh, no!—exclamó Marion—. Es contramaestre y mecánico de la policía marítima.

—¿De la policía marítima?—preguntó el comandante.

—Sí—siguió diciéndole Marion—. Va en la «Leone». Se llama Pedro Saavedra.

—Es verdad—exclamó el comandante, acordándose del nombre de su contramaestre—. Si antes lo hubiera sabido, sería él quien estaría aquí.

—¿Que habría estado aquí?—preguntó extrañada Marion, que, como el comandante iba vestido de paisano, no había podido sospechar su calidad de militar.

—Sí—volvió a decirle éste—, soy su comandante y le hubiera dado permiso.

Tan entusiasmados estaban los dos hablando, que Rita, creyendo otra cosa, exclamó picarescamente:

—Por nosotros no se molesten, nos retiramos por discreción.

Pero lo que querían ellos era estar a solas para no tener testigos de vista y poderse arrullar a su antojo.

El comandante, al ver que de pronto el rostro de Marion adquiría cierta tristeza causada por el sobresalto de que el jefe pudiera ver a su marido cuando volviese, le dijo para animarla:

—No esté usted triste porque no haya venido su marido. Está de guardia y no puede dejar su puesto.

—Ni por su mujer?—preguntó Marion, pensando que de un momento a otro llegaría Pedro.

—Por nada del mundo. Es la disciplina y usted no podría comprender lo que es esto para un marino.

—Pero tratándose de su mujer, yo creo que la disciplina no sería tan rígida—dijo Marion sonriendo, aun cuando interiormente se encontraba cada vez más excitada.

—Eso sería, como máximo, una excusa, pero nunca un motivo.

Marion quería ir preparando al comandante; todo su deseo era el hacerle prometer que no castigaría a

Pedro si volvía, y por lo mismo le preguntó, aun cuando fingiendo que se trataba de una broma:

—Supongamos que de pronto se presentase aquí... ¿No le perdonaría usted?

El comandante cambió su sonrisa por un gesto de seriedad y respondió:

—El deber es ante todo... Pero no tenga cuidado. Conozco a Saavedra y sé que no vendrá.

Poco a poco, la sala del cabaret había ido quedando vacía y la mujer de Patesco fué en busca de su marido y le preguntó:

—¿Qué te parece que haga con las mujeres?

—Empieza a reunirlas, con diplomacia para que no sospechen nada.

Salió la mujer del empresario para ir reuniendo a las artistas con la halagadora promesa de la fiesta marítima, mientras que Marion sufria horriblemente pensando en el castigo que esperaba a su esposo si volvían los oficiales al barco antes que Pedro. Por lo mismo, aprovechó un momento en que los dos amigos hablaban a solas para decirle a su compañera:

—Es necesario que no entren en la «Leone» antes que Pedro... ¿Qué hacemos, Rita?

—Ya lo tengo pensado—exclamó inmediatamente Rita—. Invitemosles



—Eso no es un vestido... sino un desnudo.



—No puedo mar- charme.



— Tuve que cantar un número vestida así.



— Su belleza le atraía.



— Se hallaban los tres alegremente en un palco.



— Es mi última copa.



— Necesito que me
prestes mil pesetas



Se encontró frente
a su comandante.



— ¡No me marcharé
sin mi mujer!



— ¿Por qué dispa-
raste?



- ¡Dispare y le he matado.



- ¡Ha pasado algo horrible!



- ¡Es usted un tráficoante en blancas!



- Dígale que no tiene nada que temer.



—¡El comandante ha sido asesinado!



—No juegas, príncipe?



a venir a la fiesta... A ellos les agradará ir a una fiesta marítima.

—Tienes razón — respondió Marion —, pero será preciso avisar a Pedro.

Y rápidamente, antes de que el comandante terminase de hablar con su oficial, escribió una nota y se la entregó a su amiga, diciéndole:

—Lleva este papel a mi habitación, Rita... Ponlo bien a la vista, para que Pedro lo encuentre al entrar.

—Ocupate tú de retenerlos mientras yo vuelvo — respondió Rita cogiendo el papel que le entregaba su amiga y marchando hacia la habitación de ésta, para colocarlo de forma que su marido pudiera verlo en cuanto entrase.

La mujer del empresario, siguiendo las instrucciones de su marido, iba reuniendo a las muchachas para embarcarlas y, al fin, se acercó al palco donde estaban Rita y Marion y les dijo:

—Dentro de un cuarto de hora partimos... Hay que prepararse para la fiesta.

—¿Por qué no vienen ustedes con nosotras? — propuso Rita a los oficiales.

El comandante, sin rehusar del todo la invitación, respondió:

—Una fiesta marítima siempre es agradable, pero...

—Nada — exclamó Rita —. Dese usted por invitado. No va a quedar sola mi amiga.

Y volviéndose hacia la mujer del empresario, le dijo:

—Estos caballeros nos acompañarán.

Aquella ocurrencia de Rita venía a destruir todos los planes de Patesco y de sus cómplices. Ellos no podían consentir de ninguna manera que los dos oficiales acompañasen a las muchachas y por lo mismo la mujer del empresario le respondió inmediatamente:

—No puede ser. Se trata de una reunión privada y no tenemos permiso para invitar a nadie.

—Descuide, señora, que no las acompañaremos — respondió el comandante, algo extrañado del mal efecto que había producido en aquella mujer las palabras de Rita.

En aquel mismo instante entraba Pedro por la puerta interior de las artistas y el portero lo detuvo diciéndole:

—¿Dónde va usted por aquí?

—Voy a buscar a Marion Saavedra.

—Pues entonces no tiene por qué subir. Marion está en la sala con unos clientes... Vaya al palco número 4.

Pedro se dirigió hacia donde le

indicaban, pero de pronto se encontró con Patesco, que le dijo:

—¿Dónde va usted?

—Voy a ver a Marion Saavedra.

—No puede usted verla—respondió Patesco—. Vuelva usted mañana.

—Se trata sólo de un momento—insistió Pedro—. Dígale usted que venga... Soy su marido.

Patesco se le quedó mirando burlonamente y Pedro insistió diciéndole:

—Le aseguro a usted que soy su marido.

—Aunque así sea—respondió de mal humor Patesco, ya que la presencia del marido venía a complicar la realización de sus planes—; por un marido no voy a molestar a unos clientes.

Pedro, cansado ya de tanta obstinación en que no viera a su mujer, separó violentamente a Patesco, al mismo tiempo que le decía:

—¡Al diablo los clientes!

Abrió las cortinas del palco y llamó a su mujer. Mas al mismo tiempo se encontró frente a su comandante, que le miró extrañado. Pedro, sin saber qué actitud tomar, se cuadró respetuosamente ante él, mientras el comandante le decía:

—¿Y su uniforme?... ¡Ha abandonado usted la guardia!

Pedro no osó responderle, mien-

tras Marion miraba asustada a uno y a otro.

El comandante volvió a decirle:

—Vaya a bordo en seguida y presentese a mí mañana a primera hora.

Pero Pedro sentía en aquellos instantes que los celos le atormentaban. Creyó que su comandante lo quería sacar de allí para poder estar a solas con su mujer y sin darse cuenta de lo que hacía, respondió enérgicamente:

—¡No iré!

El comandante, sorprendido por aquella indisciplina, comprendió en el estado en que se encontraba su subordinado, y le dijo:

—No quiero entender lo que acaba de decir... ¡Márchese!

—¡No me marcharé sin mi mujer!—insistió nuevamente Pedro.

Ante aquella insistencia y aquella negativa en obedecerlo, el comandante quiso disculparlo y darle ocasión para que no faltase a la disciplina, y le dijo:

—Su mujer está bajo mi protección... ¿Cree usted que esto bastará?

—Sí, señor—respondió Pedro—. Pero además tengo algo que comunicarle.

—¿Es algo referente al servicio?—preguntó el comandante.

—Sí, señor—respondió Pedro.

El comandante y el teniente salie-

ron fuera del palco y allí les refirió Pedro cuánto le había ocurrido en el «Estrella de Valencia» y la seguridad que tenía de que aquel barco se dedicaba al comercio de mujeres.

—¿Cuánto puede andar el «Estrella de Valencia»?—preguntó el comandante de la «Leone».

—Quince nudos por lo menos—respondió Pedro—. Una hora después de la partida, habrán salido de aguas territoriales y nada podremos contra ellos. Ese barco tiene todo el aspecto de una casa de placer... Lo mejor sería detenerlo en el puerto antes que zarpase.

—En el puerto no podemos intervenir nosotros—respondió el comandante—. Además, siempre tendrán la excusa de estar celebrando una fiesta a bordo.

—Es que luego será muy difícil darle caza—exclamó Pedro intranquilo.

—No se preocupe por ello—le dijo el comandante—. Vuelva a bordo y prepare la maniobra para partir; yo iré dentro de una hora.

—Mi comandante—respondió Pe-

dro—, en usted confío para salvar a mi mujer.

—Pierda usted cuidado—le respondió el comandante—. Yo quedo a su cuidado y ningún temor puede usted tener.

Pedro, ante aquella seguridad que le daba su comandante de amparar a Marion, se fué del cabaret para cumplir la orden recibida, mientras su jefe le decía a su teniente:

—Sobre todo, que no se le escape ni una sola palabra delante de las mujeres. Hay que coger a estos individuos con las manos en la masa.

—¿Y Rita?—preguntó temerosamente el teniente—. ¿La dejamos embarcar también?

—Naturalmente—le contestó su jefe—. Si hiciéramos algo con ella, sospecharían los demás.

Rita, al ver que no venían sus amigos, salió al antepalco y les dijo alegramente:

—¿Qué os pasa?... ¿Estáis conspirando?

—No—exclamó el comandante—, estábamos pensando si ir o no a la fiesta.

en tales casos éstos habían sido en el habitual haber abierto el —mientras la libra abierta tomó aliento y despidió su habla allí—

LA MUERTE DEL COMANDANTE

Hacía ya un rato que Rustan había vuelto a tierra. La huída del mecánico no le tenía tranquilo, aun cuando creía que estaba muerto, y por lo mismo le dijo a su socio:

—Las máquinas ya están arregladas y podemos salir inmediatamente. En la «Leone» cazan largo. Si nos ven partir, vendrán a decírnos adiós y a abrazar a las mujeres.

—¿Crees que sospechan algo?— preguntó Patesco.

—Yo creo que sí, pero antes de que hayan oido que nos vamos, ya estaremos lejos de las aguas jurisdiccionales y nada podrán contra nosotros.

—Lo más difícil de todo—le dijo Patesco—es sacar de aquí a Marion.

—Pues hay que hacerlo, sea como

quiero. Yo no sé si el capitán Patesco se ha quedado en el «Leone» o no. Si lo ha hecho, ésta es la mejor forma de sacarla de allí.

—¿Por qué?— preguntó Patesco.

—Porque si el capitán Patesco

—¿Por qué?— preguntó Patesco.

—Porque si el capitán Patesco

—¿Por qué?— preguntó Patesco.

—Porque si el capitán Patesco

Entró al cuarto de la muchacha seguido de Rustan y un avisador y le dijo a éste señalándole las maletas y la ropa de la artista:

—Arregla esto de cualquier modo, recoge las maletas y llévalas en seguida para el barco.

El mozo se apresuró a cumplir la orden, y cuando recogió las maletas, abrió los cajones del armario y empezó a sacar ropa de allí.

El comandante, que estaba decidido a rescatar a Marion del yugo de aquel infame, fué a buscarla a la

misma habitación de la mujer de Saavedra, mientras Rustan, al oírlo llegar, se ocultaba convenientemente para que no lo viese.

ESTRELLA DE VALENCIA

fuese satisfactoria —. Unicamente cambia de habitación.

—¡Miente usted!— exclamó el comandante indignado. Ni Marion cambia de habitación ni va tampoco a esa fiesta que dan ustedes en el «Estrella de Valencia».

—Si ella quiere venir— replicó Patesco, cada vez más inquieto—, ¿quién se lo puede impedir?

—La policía— respondió secamente el comandante. Sé lo que ustedes se proponen y quiero que Marion rescinda su contrato inmediatamente.

Patesco, con esa humildad fingida de los seres tan ruines como él, sonrió y le dijo:

—¿Usted sabe lo que significa una ruptura de contrato, caballero?... Eso cuesta un poco caro... Además, Marion tiene algunas deudas... Hay que pagar a otra que la sustituya, cambiar los carteles, empezar a hacer de nuevo la propaganda.

Rustan, cansado ya de esperar más tiempo, salió de su escondite y se acercó a su socio, diciéndole:

—Le ruego que me presente a su amigo, señor director.

Patesco, sin imitarse por la presencia del capitán del «Estrella de Valencia», hizo la presentación, y el comandante de la «Leone» exclamó:

—¿Dice usted que es el capitán Rustan del «Estrella de Valencia»?

—Usted dirá— respondió Patesco, no con muy buenos modos—. ¿De qué se trata?

—Es acerca de Marion Saavedra— siguió diciéndole el comandante.

—¿De Marion Saavedra?— preguntó el empresario. —Le ha ocurrido algo?

—Afortunadamente, hasta ahora no le ha ocurrido nada. Se trata solamente de rescindir su contrato.

Patesco se le quedó mirando extrañado, al ver que hacía además de sacar la cartera, y le preguntó ironicamente:

—¿Acaso es usted su...?

No pudo terminar la frase ofensiva, porque el comandante le atajó diciéndole:

—¡A usted no le importa lo que pueda ser!

Y al ver que toda la ropa de Marion había sido sacada del armario, le preguntó con cierta ironía:

—¿Es que se va Marion Saavedra?... Es extraño que no me haya dicho nada.

—No se va— respondió Patesco, sin encontrar una explicación que

Creo que somos antiguos conocidos. ¿Pero ha cambiado usted de oficio, señor Montego?

—¡Yo no soy Montego!—respondió Rustan.

El comandante, sin esperar a más, en vista de que tenía en su poder a uno de los hombres que con más saña perseguía la policía, sacó su pistola y encañonando a los cómplices les dijo:

—¡Manos arriba!... Ya les demostraré que no me equivoco. Ahora sí que ganaré la prima de diez mil pesetas ofrecida por tu cabeza, Montego.

En efecto, el capitán Rustan se había llamado antes Montego. Sus principios habían sido los de simple contrabandista, pero una vez puesto fuera del camino de la ley, aquel hombre sin conciencia alguna se dedicó a los más viles oficios con el solo fin de hacer fortuna.

Sobre su conciencia pesaba ya más de un crimen y era tenido por un sujeto peligrosísimo, reclamado por las policías de varios países. Podía decir Rustan o Montego que donde quiera que fué dejó una estela de dolor y de crímenes. Estaba fichado por toda la policía europea y se le perseguía con ese interés que hace comprender que desaparecido él, desaparecía uno de los hombres más peligrosos para la sociedad.

Montego sabía todo aquello y sabía también que de caer en manos de la policía, su vida valía bien poca cosa. Para incitar a la policía a la persecución del criminal se había llegado incluso a ofrecer una prima de diez mil pesetas por su captura, y esto dió lugar a que se intensificase su persecución, si bien el capitán del «Estrella de Valencia» supo siempre burlarla con agilidad.

En aquella ocasión, no obstante, el santo se le había vuelto de espaldas, si es posible que alguna vez algún santo pudiera estar de parte de un hombre de tal calaña, y se veía cogido, sin medios de encontrar una salida.

Patesco, con las manos levantadas, tal como había ordenado el comandante, protestaba de aquello y le decía:

—¡Esto es un abuso!... ¡En mi propia casa!... ¡Váyase o llamo a la policía!

—¿La policía?—respondió riendo el comandante. —¿No se ha dado cuenta todavía que ya está aquí?

La mujer de Patesco cruzó por la puerta del camerino de Marion y vió la situación en que se encontraban su marido y Rustan. Comprendió que había que obrar rápidamente si quería salvarlos, y, rápida, con esa decisión tan propia en las mujeres de su clase, apagó la luz, deján-

do la habitación de Marion a oscuras. Rápidamente sonaron varios disparos y al cabo de algunos minutos salieron Rustan y Patesco, mientras el comandante quedaba mortalmente herido en el suelo.

Encendieron la luz y al ver el cadáver del comandante de la «Leone», Patesco se asustó y le dijo a su socio:

—¿Por qué disparaste?... ¡imbécil!... ¿Te parece que estamos poco comprometidos?

—¿Querías que me dejara coger como un conejo?—respondió, encogiéndose de hombros, Rustan.

Se oyeron en aquel momento gritos de mujeres que llegaban, y Patesco, para evitar que vieran allí a Rustan, le dijo:

—Enciérrate en el primer cuarto a la derecha... Voy a ver si puedo salvarte.

Rustan corrió a esconderse, al mismo tiempo que acudían varias muchachas atraídas por el ruido de los disparos.

Los únicos que no se movieron de su sitio fueron Rita, Marion y el teniente. La mujer de Pedro, al ver que su marido había salido con el comandante, creía que éste le había castigado y lloraba amargamente, echándose la culpa de aquel castigo. Rita procuraba consolarla y le decía:

—Vamos, mujer, no te atormentes así.

—No tiene usted motivo para apenarse de esa manera—le dijo el teniente. —El castigo de su marido no ha de ser de mucho tiempo.

—¿Y si lo degradan?—respondió angustiosamente Marion.

En aquel momento oyeron los disparos y el teniente exclamó riendo:

—Parece que las cuentas arriba son un poco complicadas.

Minutos después apareció la dueña del cabaret y se llevó a Marion, diciéndole:

—Ven que mi marido tiene que hablar contigo.

La llevó al despacho del empresario y éste se encerró con ella, diciéndole:

—Ha pasado algo terrible, Marion. Tu caballero... el que quería pagar tu deuda y llevarte fuera de aquí, ¡ha sido encontrado en tu habitación asesinado!

—¿Un crimen?—preguntó asustada Marion.

E inmediatamente cruzó por su mente un terrible pensamiento. Creyó que el asesino del comandante habría sido el mismo Pedro, quien, impulsado por los celos, habría cometido aquella muerte. Segura de que era aquello lo que había ocurrido, preguntó angustiosamente:

—¿Y Pedro?... ¿Dónde está Pedro?

Patesco vió en aquella exclamación de la joven una víctima a quien acusar de la muerte del comandante. Precisamente la misma Marion le daba la idea de quién podía parecer como asesino del muerto, y respondió, decidido a acusarle:

—El mecánico?... Pues claro, yo no te lo quería decir, pero estaba celoso... siguió al otro y...

—¡No, no! — exclamó Marion. — ¡Pedro subió antes que él!

—Sí, subiría antes que él, pero lo esperó en tu habitación y cuando entró el otro, disparó sobre él.

—¡Es imposible! — siguió protestando la muchacha... ¡Pedro no pudo ser!

—¿Por qué?... ¿Por qué no pudo ser Pedro si estaba celoso?

Marion tuvo un gesto de heroísmo. Ella no podía consentir que por su culpa se castigara a Pedro, ya que había sido el mismo amor que por ella sentía lo que le había impulsado a cometer aquel acto, y decidida a echarse la culpa a sí misma, exclamó:

—¡No pudo ser Pedro, porque fui yo!

Patesco iba a insistir para que apareciese Pedro como culpable, pero su mujer, que había advertido el juego y comprendía que lo que

su esposo quería era una víctima sobre quien hacer recaer la responsabilidad del crimen, se apresuró a intervenir, diciéndole:

—Puesto que ella misma lo declara... para qué insistir más. Llamarémos a la policía.

—Sí — respondió Marion —. Lo confesaré todo: disputaron... quise intervenir y en mi aturdimiento disparé y lo he matado.

Pero a Patesco tampoco le interesaba que la muchacha se entregase a la policía. Lo que le convenía era sacarla de allí cuanto antes y reunirla con las demás chicas, que ya aguardaban en el camión que había de llevarlas al muelle, y por lo mismo le dijo:

—Nadie te creerá. La policía no es tan crédula. Antes de cinco minutos sabrá la verdad.

—La verdad es ésta — insistió llorando Marion —: Pedro no ha sido, he sido yo.

—Pues si has sido tú, ¿qué esperas aquí?... Los asesinos huyen y tú no parece que tienes mucha prisa.

—Escóndame usted! — le pidió Marion, que ante el aturdimiento de que se hallaba poseída no sabía siquiera lo que hacía.

Patesco sonrió interiormente pensando que tenía la batalla ganada, y le dijo:

—Si quieras esconderte, tal vez

puedas hacerlo en el «Estrella de Valencia». Vas con tus compañeras y cuando ellas desembarquen, tú te quedas a bordo y te vas a Marsella. Allí puedes considerarte libre.

—Haré lo que usted diga — exclamó Marion, corriendo a buscar su abrigo para ir en busca de las otras compañeras.

El teniente y Rita seguían, ya completamente solos en el cabaret, esperando el regreso del comandante y de Marion, y el oficial, ante la tardanza de su jefe, exclamó:

—Es raro que no haya vuelto hoy. Dentro de poco será ya de día.

—Mira — exclamó de pronto Rita viendo pasar hacia la calle a su amiga. Ahí va Marion. Es extraño que no haya venido a despedirse. Voy a ver qué es lo que le ha pasado.

Salió a llamarla, pero se encontró con la esposa del empresario, que le dijo al verla:

—¿Todavía estás así, hijita?... Anda, que ya tus compañeras se van a marchar.

—¿Y Marion? — preguntó la joven.

—Ya está también con ellas... Corre si no quieras quedarte en tierra.

La muchacha se fué hacia el camión donde estaban las otras, al mismo tiempo que cruzaba por allí José, que venía del trocadero, no muy sereno, por cierto. Al ver tan

tas muchachas reunidas se acercó a ellas y les preguntó:

—¿Queréis que vaya con vosotras?

—¿Por qué no? — respondieron alegramente las chicas.

Mas Marion, que vió en la gorra del marino el nombre de la «Leone», lo llamó aparte y le dijo:

—¿Quiere usted darle un recado a Pedro Saavedra?

—Ya lo creo que quiero — respondió José. — Soy su mejor amigo. Precisamente estoy buscándole para decirle que ya tengo el dinero que me pidió.

—Ya no hace falta — volvió a decirle Marion. — Dígale tan sólo que ya está «todo arreglado». Dígale que no tiene nada que temer. Dígaselo de mi parte y dígale también que nunca se sabrá nada y que no se inquiete por mí.

—Se lo diré... pero ¿por qué no viene usted misma conmigo y se lo dice? — preguntó José.

—Porque en mucho tiempo no podré verle... Dígale que no me olvide, como yo no le olvidaré nunca.

Terminó apenas de decirle esto, cuando la camioneta en la que iban las muchachas partió con dirección al muelle, para embarcarlas en el «Estrella de Valencia», adonde ya había llegado Rustan y esperaba tan sólo el embarque de las mujeres para hacerse a la mar.

El teniente, en vista de que no volvía su comandante, preguntó por él a varios empleados sin que nadie supiera darle contestación. En vista de ello, preguntó también por Rita y Marion y le dijeron:

—Las muchachas han ido a una fiesta que se da a bordo del «Estrella de Valencia».

Comprendió el joven oficial que las infelices habían caído en la trampa que se les había preparado, e indignado fué en busca de Patesco, a quien preguntó:

—¿Dónde está el comandante de la «Leone»?

—¡Ay, señor teniente! —respondió Patesco con fingido pesar—. Ha ocurrido una desgracia... ¡Yo no puedo saber cómo ha sido!

—¿Pero qué es lo que ha ocurrido? —preguntó nerviosamente el oficial.

—Pues que hemos encontrado al comandante asesinado en el cuarto de Marion.

—¿Que han asesinado al comandante? —preguntó asombrado el teniente—. ¿Quién ha sido el asesino?

—No lo sabemos —respondió Patesco—. Todos nuestros indicios parece que se dirigen a sospechar que ha sido Marion Saavedra.

—¡Imposible! —exclamó el teniente acordándose de que había estado con Marion hasta el último momen-

to—. ¡Marion no puede haber hecho eso!

—Pues ella misma lo ha confesado todo —respondió Patesco—. Yo, al principio, me resistía a creerlo, pero cuando ella se ha declarado culpable no he tenido más remedio que creerlo.

El teniente comprendió que había llegado el momento de jugar con la misma astucia que aquellos desalmados y fingió darse por convencido, diciendo:

—Está bien. ¿Sabe usted dónde podrá encontrar a Marion?

—Ha salido de aquí huyendo y por más que la hemos buscado para detenerla ha sido imposible. Ahora mismo me preparaba para dar orden a la policía.

—Hace usted bien —terminó diciéndole el teniente—. Dé usted parte a la policía mientras yo voy a casa de Marion para conseguir detenerla.

Patesco cayó en la trampa que le preparaba el teniente y, sin sospechar nada, cuando éste salió de su despacho se echó a reír, exclamando:

—Ya puedes buscar a Marion, que cuando tú te convenzas de que no la encuentras ya estará ella a varias millas de aquí.

Sin embargo, el teniente, en vez de marcharse a buscar a Marion,

donde se dirigió fué a la Comisaría de Policía. Allí se dió a conocer y preguntó por el Comisario, diciendo que tenía que darle una conferencia urgentísima. Minutos después se hallaba en el despacho del Comisario y le decía:

—En el cabaret «El Paraíso» se ha cometido un crimen. El muerto es el comandante de la «Leone».

—¿Se sabe quién es el asesino? —preguntó el Comisario.

—Sí, señor —respondió el teniente—. Es Patesco y su socio.

—Patesco... ¿El propietario?

—El mismo... ¿Lo conoce usted?

—De sobras —respondió irónicamente el Comisario—. Ese hombre siempre me ha infundido sospechas, pero nunca he podido concretar contra él una acusación.

—Pues ahora tenemos más de una. Patesco no solamente es el asesino del comandante, sino que es también el jefe de la banda de los traficantes en blancas.

El comisario miró sorprendido al teniente y exclamó al fin:

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Tan seguro que sé que esta misma noche ha embarcado en el «Estrella de Valencia» a unas cuantas infelices para llevarlas a otros puertos. Todas las artistas que hay en el cabaret han sido llevadas al barco,

diciéndoles que iban a una fiesta.

El Comisario, ante las revelaciones del teniente, comprendió que lo más oportuno era obrar rápidamente y salió a dar varias órdenes. Cuando entró, el teniente le dijo:

—Yo tengo que marchar a mi barco. Es preciso que no se me escape el «Estrella de Valencia».

—Vaya usted, señor —respondió el Comisario—. Cumpla usted con su deber, que yo haré todo lo demás para que no se nos escapen esos canallas.

Salió el teniente para marchar a la «Leone», mientras el Comisario se dirigía hacia el cabaret «El Paraíso».

Acompañado de varios policías se introdujo en la casa de Patesco y preguntó a uno de los camareros:

—¿Ha terminado ya la función?

—Sí, señor —respondió el camarero, que era uno de los cómplices de Patesco.

—¿Y las artistas, dónde están?

El camarero conocía de sobras al Comisario; mas, no obstante, para ganar tiempo, le dijo:

—¿Me parece que es usted demasiado curioso, señor?

—¡Responda a lo que le pregunto y déjese de diatribas! —le ordenó el Comisario.

—Antes de responderle, tengo que saber con quién hablo —volvió a decir el camarero.

El Comisario le enseñó la placa de policía y entonces el camarero le dijo :

—Pues, la verdad, yo no sé dónde hayan podido ir.

—¿No lo sabe o no lo quiere decir? —le dijo el Comisario, al mismo tiempo que hacía una señal para que dos de los policías se colocasen en forma que no pudiera huir.

El camarero miró en torno de él y al verse rodeado de policías comprendió que era inútil seguir negando y le dijo :

—Me habían encargado que no dijese nada.

—Y usted cumple su deber negándose a la Justicia las informaciones, ¿verdad? ¿Dónde están las artistas?

—Han ido a una fiesta marítima —respondió el camarero—. Vinieron a buscarlas del «Estrella de Valencia» y todas han querido ir.

—¿Han querido ir o se las ha obligado a ir? —preguntó irónicamente el Comisario.

En aquel momento apareció la mujer del empresario y al ver al camarero rodeado de policías intentó escabullirse, pero el Comisario, que la vió, la detuvo, diciéndole :

—Un momento, señora... ¿Quiere decirme usted quién es y qué es lo que hace aquí?

La figura de aquella mujer era verdaderamente repulsiva. En sus

gestos, en sus ademanes y en su modo de hablar se advertía inmediatamente el temperamento de alcahueta que en realidad era. Ante las preguntas del Comisario, respondió :

—Estoy aquí porque ésta es mi casa.

—¿Es usted la mujer del señor Patesco? —preguntó el Comisario.

—Sí, señor —respondió ella.

—Entonces usted nos podrá informar del paradero de las mujeres que trabajan aquí.

—Yo no puedo decirles nada —respondió ella—. Las artistas, cuando terminan su actuación, se van donde mejor les parece... Nosotros no tenemos nada que ver con lo que hagan después.

—Perfectamente —contestó el Comisario—, pero en esta ocasión es diferente. Usted sabe dónde están.

—Lo único que sé son sus domicilios... Si usted quiere saberlos, puedo dárselos.

—No me interesan... Lo que le pregunto es qué fiesta es esa que se da esta noche en el «Estrella de Valencia».

—No lo sé tampoco —respondió ella—. Nosotros no vamos a saber todas las fiestas que se celebran en la ciudad... En todo caso, ustedes que son de la policía son los que lo deben saber.

—Tiene usted razón, pero como quiera que para esa fiesta no se ha solicitado permiso, me temo que no existe tal fiesta y sí alguna otra cosa.

La mujer de Patesco miró airadamente al camarero, adivinando que éste se había ido de la lengua y exclamó, sin poderse contener :

—¿Qué es lo que has dicho, cobarde?

—Señora —le interrumpió el Comisario—. Absténgase de molestar a nadie y responda concisamente a nuestras preguntas.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir y por nada del mundo me sacarán otra cosa.

—Pues queda usted detenida y ya veremos si habla cuando tengamos las pruebas que buscamos.

La dueña del cabaret se encogió de hombros, pensando en lo difícil que le sería a la policía el dar con aquellas pruebas y se dejó llevar por los policías en unión del camarero, a quien no dejaba de insultar en voz baja, acusándole de haber sido él el que había puesto sobre aviso a la policía.

Una vez que fueron sacados los dos detenidos, el Comisario les ordenó a los demás agentes que habían quedado con él :

—Vigilen todas las salidas y no dejen que nadie salga sin orden mía. Si alguno opusiera resistencia o pre-

tendiera huir, disparen antes que dejarlo marchar.

—Está bien, señor Comisario —respondieron los subordinados.

—Yo voy a ver si encuentro a Patesco... Ese hombre es el que tiene la clave de todo este negocio y al que hay que detener, sea como sea.

Esperó a que cada policía ocupase su puesto y una vez seguro de que era imposible que nadie saliera de la casa sin ser visto, se introdujo en el interior del establecimiento. Subió las escaleras que comunicaban con el piso superior y se dirigió hacia los cuartos de las artistas para ver si por alguna parte podía dar con el dueño del establecimiento.

Poco después, el Comisario interrogaba a Patesco y le decía :

—Dice usted, señor Patesco, que algunas artistas del establecimiento han ido a bordo del «Estrella de Valencia» para una fiesta nocturna.

—Sí, señor —respondió Patesco, que no se hallaba muy tranquilo ante la actitud del Comisario, el cual siguió diciéndole :

—¿Y asegura usted que la ausencia de Marion Saavedra le ha extrañado?

—Ciertamente —volvió a decir Patesco, que empezaba ya a contradecirse en sus declaraciones—. La hemos buscado por todas partes inútilmente.

—¿Y no se le ha ocurrido mirar en el palco del teniente?

—No, señor Comisario... Estábamos tan trastornados a causa de este crimen tan espantoso...

—Se comprende, se comprende—le atajó el Comisario con una frialdad que desconcertó aún más a Patesco—. Y ustedes están persuadidos de que si Marion Saavedra no hubiera sido la culpable no habría huído del establecimiento.

—Eso mismo, señor Comisario—respondió Patesco—. Piensa usted igual que todos nosotros.

—Y dígame usted, Patesco — le dijo de pronto el Comisario—. ¿No ha visto usted al hombre que mató al comandante?

—¿Al hombre?—preguntó Patesco extrañado—. No comprendo, señor Comisario... Nosotros decíamos hace un momento que Marion Saavedra...

—Eso lo ha dicho usted solamente, pero no yo. Yo le digo que ha sido un hombre. ¿No podía estar en la habitación de Marion un hombre cuando entró el comandante y usted reconocer al criminal?

—No lo discuto—replicó Patesco, cada vez más perdido en aquel laberinto de preguntas—, pero es muy difícil reconocer a nadie por la detonación de un disparo.

El Comisario miró fijamente a Patesco y le dijo con marcada intención:

—Es que ese disparo... está firmado. Esa mujer a quien usted acusa es inocente. Todos los testigos que me ha presentado usted mienten también. Hay un dato que lo aclara todo, señor Patesco. El famoso bandido Montego y el capitán Rustan del «Estrella de Valencia» son una misma persona... Vamos, diga de una vez cuánto le paga el capitán Rustan.

Patesco creyó oportuno adoptar un gesto de dignidad y exclamó ofendido:

—Señor Comisario, mi casa es honrada... Mi trabajo, honrado... Yo soy un hombre honrado...

—Conformes—respondió con gran serenidad el Comisario—. Explíqueme entonces por qué esta noche ha enviado sus artistas al «Estrella de Valencia», donde no hay ninguna fiesta.

—Yo no sé nada—respondió Patesco, que se veía perdido—. Me pidieron algunas artistas y eso es todo... Puede usted preguntar al camarero.

—Es inútil—respondió el Comisario—. El camarero está detenido.

—Entonces... mi esposa puede ser testigo...

—Su esposa está detenida también... Y usted queda igualmente detenido...

—Eso no es posible—respondió Patesco, temblando de miedo—. Antes es necesario tener pruebas... Tengo influencias... Soy alguien.

—Es usted solamente un trafi-

cante en blancas y ya sabe cómo eso está castigado!

Y sin esperar a más, dió la orden a sus hombres para que lo detuviesen y se lo llevó preso para responder de la muerte del comandante y de la acusación que sobre él pesaba como traficante en blancas.

LA PERSECUCION DEL «ESTRELLA DE VALENCIA»

Desde que Pedro llegó a la «Leone» no apartaba la vista del «Estrella de Valencia». Aquel barco le tenía obsesionado. Aun cuando su comandante le había dado palabra de defender a Marion, interiormente sentía un extraño presentimiento de que su jefe no pudiese cumplir su palabra. Aquellos desalmados disponían de tantos recursos, eran capaces de tantas artimañas, que Pedro no se hallaba tranquilo respecto a la suerte que pudiera correr su mujer.

Esta, mientras tanto, segura de que había salvado a Pedro de un grave peligro, cuando entró en el «Estrella de Valencia» se dejó caer casi llorando sobre un sillón. Rita, al verla en aquel estado, corrió a

consolarla, creyendo que había tenido alguna nueva pelea con su marido, y le preguntó:

—Marion, dime la verdad... ¿Has reñido otra vez con Pedro?

Marion movió negativamente la cabeza, sin fuerzas para poder negar, y, al fin, haciendo un esfuerzo, le preguntó:

—Rita, ¿crees que la policía puede llegar hasta aquí?

La muchacha se quedó mirando a su compañera, extrañada de aquella pregunta. No podía comprender el porqué de aquel miedo a que llegase la policía. Después de todo, ellas no habían cometido ningún delito para temer la llegada de los agentes de la autoridad, ni tampoco estaban dando ningún escándalo que

ESTRELLA DE VALENCIA

diera lugar a la intervención de aquélla. Lo único que podían censurarles es que estuviesen vestidas de igual forma que en el cabaret, pero esto tampoco era un motivo para el miedo que expresaba Marion. Pensó que algo más grave debía ocurrirle y le preguntó cariñosamente:

—Pero, ¿qué te pasa, Marion?

—Es algo horrible, Rita—exclamó aquélla—. Ni yo misma sé cómo ha pasado...

—Pero ¿qué es?—insistió la muchacha—. ¿Qué es lo que has hecho para expresar ese miedo a ser descubierta por la policía?

Marion se acercó a Rita, para no ser oída más que por ella misma y le dijo:

—El comandante de Pedro, ¿sabes?, ha sido asesinado.

—¿Qué han asesinado al comandante de Pedro?... ¿Quién ha sido?

—Ha sido Pedro—respondió Marion—. Sin duda estaba celoso... Pero yo me he echado la culpa para librarlo... No podía hacer otra cosa por él.

Rita la miró asustada, aun cuando interiormente pensaba que Pedro no había sido capaz de cometer aquel crimen. Indudablemente, allí había algo oculto que el tiempo se encargaría de aclarar. Sin embargo, lo que en aquel instante le importaba

a la muchacha era el dolor de su compañera y la abrazó cariñosamente, tratando de consolarla.

—No te apures—le dijo—, Patesco sabrá arreglar las cosas para que no pase nada.

—No me importa lo que a mi pueda ocurrirme—continuó diciéndole Marion, al mismo tiempo que dejaba caer su busto sobre el sofá donde estaba sentada—. Lo que me inquieta es lo que pueda sucederle a Pedro. Si descubren que ha sido él lo juzgarán militarmente y lo matarán.

Y al decir esto, una congoja infinita se apoderó de ella y lloró amargamente.

Rita la acariciaba como si fuese una hermana mayor y le prodigaba palabras de consuelo, que no bastaban para disminuir la zozobra de la joven, que a penas se daba cuenta del tiempo que hacía que estaban allí.

Sus compañeras entre tanto corrían de un lado para otro alegremente, esperando el momento en que principiase aquella fiesta para la que habían sido llevadas.

Cada una exponía a su compañera lo que pensaba hacer cuando tuviese lugar la reunión y el más franco optimismo reinaba entre todas ellas.

Pero este optimismo, esta alegría que entre todas existía, excepto, como es natural, Marion y Rita, fué poco a poco desapareciendo.

Aquella situación se prolongaba, sin que nadie viniera a verlas, y cierta intranquilidad se iba apoderando de ellas, hasta que, finalmente, una de las artistas, exclamó:

—¿No os parece que tardan demasiado en venir a buscarnos?

—Es verdad—respondió otra de las muchachas—. Vamos a salir y llamar.

Pero su asombro fué grande cuando se dieron cuenta de que habían sido cerradas por la parte de afuera y no tenían medios de poder comunicarse con nadie.

—Esto es una encerrona!—exclamó una de ellas—. Nos han encerrado.

—Hay que llamar para que nos abran.

Se lanzaron a la puerta y empeñaron a golpearla, llamando la atención de Marion que hasta entonces no se había dado cuenta de lo que pasaba y preguntó a Rita:

—¿Por qué llaman así?... ¿Qué pasa?

Rita se acercó a sus compañeras y al poco volvió donde estaba Marion, diciéndole asustada:

—¡Ese Patesco es una canalla!

—¿Qué ocurre?—preguntó alarma da Marion, temiendo que fuese algo contra Pedro.

—Patesco nos ha engañado... Aquí no hay ninguna fiesta.

—Entonces... para qué nos han traído?

Rita no llegaba a comprender el motivo por el cual Patesco había obrado así con ella. En lo que menos pensaba era en el comercio de migrante de aquel hombre y por lo mismo le respondió:

—Véte a saber cuáles serán los pensamientos de ese hombre.

Marion se abrazó a su amiga y le dijo presa de un gran pánico:

—¿Crees tú que lo habrá hecho para entregar a Pedro a la policía?

—No digas tonterías—respondió Rita, queriendo hacerle olvidar aquel asunto—. Patesco habrá tenido miedo de que alguna de nosotras quisieramos irnos y por eso nos habrá encerrado hasta que llegue el instante de la fiesta.

Pero aquel razonamiento no llegaba a convencer a Marion, que en aquellos momentos no pensaba en otra cosa que en Pedro. Había visto la disposición de Patesco de delatarlo a la policía y su zozobra aumentó al ver que las habían encerrado...

Pedro, entretanto, seguía mirando al «Estrella de Valencia». Veía cómo atracaban a su costado varias lanchas conduciendo pasajeros y pensó que tal vez aquéllos fuesen las infelices muchachas del cabaret «El Paraíso». Lo que más le desesperaba es que no llegase el coman-

dante del barco, para poder salir en persecución del «Estrella de Valencia». No obstante, para ganar tiempo, dió orden de que las calderas estuviesen encendidas y todo el mundo dispuesto para salir tan pronto como se diera la orden. Cuando se convenció de que todo estaba a punto, creyó estar algo más tranquilo.

Entonces fué cuando llegó José al barco. La borrachera se le había disipado ya con el aire del amanecer, y en cuanto subió al barco, le dijo a Pedro:

—¡He visto a Marion, a tu mujer, y me ha dado un encargo para ti.

—¿Que te ha dado un encargo para mí?—preguntó sorprendido Pedro—. ¿Qué te ha dicho?

—Que no te preocupes por ella, que ya está todo arreglado... Pero que tardará mucho tiempo en verte.

Pedro cogió a su compañero por un brazo y lo zarandeó violentamente, diciéndole:

—José, habla de una vez y dime dónde has visto a Marion.

—Pues la he visto en una camioneta con las demás chicas... Las había preciosas.

—Eso no me importa—exclamó Pedro—. Dime tan sólo lo de Marion.

—Ya te lo he dicho—respondió José—. Iba con las demás chicas a

una fiesta que dan en el «Estrella de Valencia».

Pedro creyó volverse loco al oír lo que le decía su amigo. Comprendió que algo debía haberle ocurrido a su comandante cuando de aquella forma dejaba marchar a Marion y exclamó:

—¿Estás seguro de que Marion está en el «Estrella de Valencia», o te lo hace decir tu borrachera?

—Te juro que hace más de tres horas que no he bebido. He hablado con ella y fué ella misma quien me dijo que iba al barco-restaurant.

Pedro comprendió entonces que los minutos eran preciosos. El «Estrella de Valencia» ya había levantado anclas y enfocaba la boca del puerto para hacerse a la mar. Era preciso obrar rápidamente si quería salvar a su mujer y a las demás infelices que iban hacia una perdición inevitable. Sin pensar en la responsabilidad que contraía, gritó a los marineros:

—¡Todo el mundo a su puesto!... ¡Quitad la pasarela!

Los marineros, como a falta de oficialidad el jefe superior era Pedro, acataron la orden y cuando el barco empezaba ya a separarse del muelle llegó el teniente. De un salto alcanzó a la «Leone» y entró dentro exclamando:

—¿Quién ha dado la orden de partida?

—Yo, mi teniente—respondió Pedro.

El oficial lo miró extrañado y le preguntó, al mismo tiempo que cambiaba su ropa de paisano por el uniforme:

—¿Está usted loco?

—No, mi teniente—volvió a decirle Pedro—. ¡El «Estrella de Valencia» se nos escurre, se nos va de las manos!

—¡Basta de locuras!—exclamó el teniente—. ¡Soy yo el que manda a bordo y esta vez no tendré miramientos!

—Escúcheme, mi teniente—le suplicó angustiado Pedro—. Se lo ruego... mi mujer está allí, en el «Estrella de Valencia»... con esa banda de granujas.

—Está bien—respondió secamente el oficial, dando la orden de continuar la marcha.

Y desde aquel instante, la «Leone» se puso en persecución del otro barco, que forzaba la marcha para salir de aguas territoriales.

El teniente, pensando en la muerte del comandante, a penas si pronunciaba palabra. Estaba seguro de que en aquel barco iban también los cómplices de Patesco, los que habían asesinado al comandante y al fin le dijo a Pedro:

—Es preciso detener a esos hombres... Son unos asesinos.

—¿Unos asesinos?—inquirió Pedro.

—Sí... ¿No sabe que ha muerto el comandante?

Pedro miró extrañado al teniente, que continuó diciéndole:

—Momentos después de salir usted se le ha encontrado muerto en el camerino de su esposa.

Pedro miró asombrado al teniente. Creyó entender en las palabras del oficial que su mujer había tenido alguna participación en la muerte del comandante y finalmente exclamó:

—No es posible... Marion es incapaz de...

—Claro que es incapaz—le atajó el oficial—. Los asesinos son esos que pretenden huir y Patesco, el cual ya está detenido a estas horas.

—¡Miserables!—exclamó Pedro—. Si cae en mi mano ese capitán, me parece que no lo contará otra vez.

El oficial advirtió en su subordinado tal deseo de venganza, que temió fuese a comprometerse y le dijo:

—Piense usted que está a mis órdenes y tiene que obedecerme:

—No lo he olvidado, mi teniente—respondió Pedro—, pero es que esos canallas no merecen ser juzgados como los demás... ¿Cómo se explica usted la muerte de nuestro comandante?

—Yo creo que debió sorprender alguna conversación entre los socios, y para evitar éstos que pudiera delatarlos o detenerlos, se deshicieron de él.

—¿Y quién fué el que se dió cuenta de la muerte del comandante?—preguntó otra vez Pedro.

—Nadie, fué el mismo Patesco me lo comunicó, claro que dejando entrever la posibilidad de que había sido Marion... Pensaría que como la muchacha no sería encontrada el crimen quedaría sin castigo.

Pedro guardó silencio, mientras que interiormente intentaba reproducir la escena y pensando que su comandante había muerto por defender a su mujer, su deseo de capturar a los tráficantes de blancas era mayor, ya que con ello vengaría la muerte de su jefe y salvaría a Marion de las garras de aquellos miserables.

En el camarote donde habían sido encerradas las muchachas, éstas empezaban ya a aburrirse y comenzaron a gritar para que les abriesen la puerta.

—¿Por qué nos habrán encerrado?—se preguntaban las unas a las otras.

Se abrió, por fin, la puerta y apareció el mulato, que les dijo:

—¡No gritéis tan fuerte!

—¿Pero vamos a pasar aquí toda la noche?—preguntó Rita—. Por lo

menos que se nos den camarotes donde se pueda dormir.

—Yo quiero volver a tierra—exclamó otra de las muchachas.

El mulato se echó a reír y le dijo:

—Pues si no sabes nadar, te va a ser muy difícil.

—Este barco ¿qué es?—preguntó Rita, que empezaba a sospechar algo anormal—. Me parece que es un barco indecente.

—¡Indecente?—preguntó riendo el mulato—. No te lo parecerá tanto cuando lleguen los clientes... Ya veréis, ya veréis qué bien vais a estar.

Beppo entró a llamar al mulato y le dijo:

—Diego, el capitán quiere verle.

—Está bien. Vamos para allá—respondió el mulato cerrando nuevamente la puerta.

El «Estrella de Valencia» seguía su marcha forzada con el deseo de salir cuanto antes de aguas jurisdiccionales. Desde la «Leone» comprendían la intención del capitán del barco fugitivo y Pedro le dijo a su oficial angustiosamente:

—Si no los atrapamos pronto, saldrán de aguas españolas.

—Hacedles señas de que paren o hacemos fuego—ordenó el oficial de la «Leone».

Inmediatamente se hicieron las señales ordenando que se detuviese el «Estrella de Valencia».

Este al ver las señales que hacía el barco policía, en vez de aminorar su marcha y detenerse, Rustán ordenó a las máquinas.

—Activad los fuegos... ¡Quemarlo todo!

Desde la «Leone» continuaban las señales, sin que el «Estrella de Valencia» hiciese caso, y en vista de ellos el oficial del mismo ordenó:

—¡Artilleros, a sus puestos!

Inmediatamente los cañones de la «Leone» apuntaron para el «Estrella de Valencia» y Diego le dijo a Rustán.

—Están preparando los cañones... ¿Dispararán sobre nosotros?

Rustán sonrió y respondió confiado.

—No es posible que tiren... ¡Tenemos las mujeres a bordo.

Los dos barcos iban a una velocidad fantástica, sin que ninguno de los dos lograra alterar la distancia que les separaba. Pensando en la necesidad de obrar rápidamente, el oficial de la «Leone» gritó de nuevo a los artilleros que estaban preparados:

—Fuego hacia la proa del «Estrella de Valencia».

Sonó un cañonazo y el proyectil vino a caer a algunos metros delante del barco fugitivo.

—Hay que tener un poco de calma—le aconsejó Diego a Rustán—. Un segundo disparo nos parte por la mitad.

—Llevas razón—respondió Rustán, que tampoco estaba dispuesto a morir sin hacer algo para evitarlo—. Es preciso detenerse y dejarlos venir, para que no se metan en nuestros asuntos.

Dió la orden de parar y segundos después el «Estrella de Valencia» quedó quieto haciendo exclamar a Pedro, que no se apartaba del lado del oficial:

—¡Se han parado, teniente!... ¡Ya son nuestros!

El oficial miró con sus catalejos hacia el barco, y al ver que no había nadie sobre cubierta, exclamó:

—Es curioso... No hay nadie sobre el puente.

EL ABORDAJE

La observación del oficial era cierta. Sobre el puente y cubierta del «Estrella de Valencia» no había un sólo marinero.

Cuando Rustán comprendió que serían abordados por la «Leone» corrió a las bodegas y sacó una caja llena de fusiles. Hizo entrar a la marinería y les dijo:

—Cada uno tiene que estar firme en su puesto. Tan culpables sois vosotros como yo, y si caemos en manos de la policía nadie nos salvará. Aquí tenéis armas y municiones, ya sabéis lo que tenéis que hacer para que la policía no consiga descubrir a las mujeres que llevamos a bordo. Si la cosa sale bien, abriré la puerta del camarote donde van las muchachas y tendréis vuestra recom-

pensa; si no lo hacéis, nos entregarán al verdugo.

Los marinos dudaron un instante ante las palabras del capitán y todos se hicieron cargo de las armas y municiones que les fueron entregadas.

Segundos después, cada uno de ellos se hallaba convenientemente parapetado para recibir a tiros a los policías que intentasen entrar en el barco.

Desde la «Leone» no podía advertirse nada de lo que ocurría en el otro barco y por lo mismo el teniente ordenó que salieran dos lanchas para detener al «Estrella de Valencia».

El primero que saltó a ellas fué Pedro. Su intranquilidad era cada vez mayor. No estaba seguro hasta

que tuviese Marion en sus brazos y su deseo era llegar cuanto antes a salvarla del poder de aquellos desalmados.

Las dos lanchas de la policía se dirigieron rápidamente hacia el «Estrella de Valencia» y a poco de aproximarse al barco, una descarga cerrada recibió a los que iban en ellas.

Afortunadamente, ninguno de los disparos hicieron blanco y Pedro ordenó:

—Arrojarse todos, que no puedan hacer blanco, pero seguir avanzando.

Inmediatamente fué cumplida la orden y una nueva descarga fué hecha sobre ellos con idéntico resultado.

Las lanchas se acercaban poco a poco al barco fugitivo, mientras que en él las pobres muchachas, asustadas y sin saber lo que pasaba daban gritos de espantos, corriendo de un lado a otro del camarote donde estaban encerradas.

Por fin llegaron las lanchas al «Estrella de Valencia» y Pedro se dió cuenta de que desde un tragaluz, un individuo apuntaba hacia el que intentase subir por la escalerilla.

Cautelosamente saltó a la escalerilla y apretándose contra el casco del barco sacó su pistola. Avanzó un paso y cogió por el cañón el fusil que salía por el tragaluz, al mismo tiempo que disparaba a quemarropa

sobre el marino que estaba dentro. Herido mortalmente, cayó a tierra y a Pedro le fué más fácil subir al barco.

Sin dejar de disparar sobre cuantos veía, fué avanzando buscando el camarote donde pudieran estar las mujeres, para dejarlas en libertad, hasta que de pronto se encontró con Beppo, que como los demás, iba provisto de su fusil.

—¡Por aquí!—le gritó Beppo, indicándole por donde podía entrar para no ser visto por los otros.

Pedro, confiado en la amistad del que había sido compañero suyo, lo siguió al interior del barco, hasta que aquél lo metió en un camarote diciéndole:

—Espérame aquí, que voy a llevar toda la gente al otro lado.

Pedro aguardó allí unos segundos, que le sirvieron, además, para cargar de nuevo su pistola, ya que todos los proyectiles los había disparado.

Desde la «Leone», el oficial del barco advertía todo cuanto pasaba a las lanchas que se habían acercado al «Estrella de Valencia» y ordenó:

—Dad la señal para que salgan las canoas de la línea de fuego y abordemos por la popa.

La señal fué transmitida inmediatamente y al cabo de unos minutos dos nuevas lanchas con más marinos se acercaron por la popa al «Estrella de

Valencia», para realizar el abordaje del buque.

Beppo no había engañado en aquella ocasión a Pedro y corrió en busca del capitán para decirle:

—¡Capitán!... ¡Hay un hombre de la «Leone» que ha conseguido entrar dentro del barco!

—Vamos a buscarlo—ordenó Rustán—. Es preciso que no entre nadie de la policía.

Beppo le sirvió de guía, y cuando pasó por delante de la puerta del camarote donde estaba Pedro, le dijo:

—Lo he visto por aquí...

Lo entretuvo unos segundos, los suficientes para que Pedro pudiera abrir la puerta del camarote y darle un golpe en la cabeza con la culata de su revólver.

Rustán cayó sin sentido y entre Beppo y Pedro lo encerraron en el camarote, dejándolo allí, para recogerlo luego.

Los marineros que últimamente habían llegado abordaron fácilmente el «Estrella de Valencia», marchando al frente de ellos el mismo oficial, para evitar cualquier sorpresa.

Atacados por todas partes el barco, los tripulantes del «Estrella de Valencia» comprendieron que lo mejor era que se rindieran. De no hacerlo así, estaban expuestos a una muerte segura, mientras que de la otra forma bastaría unos cuantos años de presi-

dio, ya que después de todo, ellos no eran los jefes de aquel negocio.

Poco a poco los marinos de la «Leone» fueron acorralando a los de del «Estrella de Valencia», hasta que, finalmente, éstos levantaron las manos, en señal de rendición.

—¡El primero que se mueva es hombre muerto!—exclamó el oficial.

Y dirigiéndose a sus marinos, les dijo:

—No tengáis contemplación. Si veis que alguno pretende moverse, disparar sobre él y matarlo.

En aquel instante se presentó Pedro. Venía con el rostro alterado por la tensión de nervios que había experimentado en unas cuantas horas y más aun en aquéllos minutos que estuvo solo en el barco, frente a toda la tripulación.

Beppo, por su parte, tampoco perdía tiempo y lo primero que hizo, en cuanto vió que los marinos de la policía eran dueños de la situación fué correr a libertar las mujeres.

Estas, en cuanto vieron la puerta abierta se lanzaron fuera del camarote presas del sobresalto natural que en ellas había causado los disparos de una y otra parte.

Rita, al ver allí al teniente, quiso abrazarse a él, mas, éste, con un gesto, la detuvo, lo mismo que hizo Pedro a Marion.

Unos marinos trajeron a Rustán,

que ya había recobrado el conocimiento y el oficial de la «Leone» le dijo burlonamente :

—Entre usted, señor Rustán... Llega usted a punto. La fiesta nocturna continúa y solamente le aguardamos a usted.

En el rostro del capitán del «Estrella de Valencia» se advertía la ira que sentía en aquel instante. Miró rencoresamente a los que le rodeaban y exclamó :

—Esta vez han ganado ustedes... ¡Ya veremos en la próxima!

Pero, avanzó hacia él, sin poder contener su indignación, con intención de abofetearle, pero el teniente lo detuvo, diciéndole :

—¡Quietos!... ¡Nadie tiene derecho a maltratar a ninguno de los prisioneros!

Y volviéndose a Rustán, le dijo :

—Cree usted que tendrá ocasión de poder seguir realizando su infame negocio?

—Patesco tiene influencias para sacarme a la calle—exclamó cínicamente el capitán.

—Pero en esta ocasión de nada le valdrá... El está también a buen seguro... Nosotros no sabemos hacer las cosas a medias.

Las muchachas miraban a los marinos de la «Leone», dándose cuenta en aquellos instantes del peligro que habían corrido.

Entre los marinos del «Estrella de Valencia», como es natural, estaba detenido Beppo que esperaba que Pedro saliera en su defensa. No dudaba de que el antiguo compañero compensaría su lealtad y que pediría su libertad, para no ser juzgado como los otros.

En efecto, antes de que el teniente pudiera dar la orden de conducir a los detenidos a la «Leone», Pedro le dijo :

—Mi teniente, en la tripulación del «Estrella de Valencia» hay un hombre que merece la libertad.

El oficial miró extrañado a Pedro, sin poder comprender como pedía la libertad de uno de aquellos individuos y el mecánico le explicó, señalando a Beppo :

—Este hombre fué el que me facilitó la huída del «Estrella de Valencia» cuando estuve en él, para reparar la máquina.

Rustán miró a Beppo y si con la mirada hubiera podido matarle en aquel mismo instante, lo habría aniquilado. Pedro siguió diciendo :

—Luego aquí, cuando entré en el barco, él ha sido el que me ha facilitado para apoderarme de muchos de estos hombres.

El teniente no dudó más y le dijo a sus hombres :

—Dejad a ese en libertad y lleváros

a los otros al barco, para entregarlos a la autoridad.

Beppo se separó inmediatamente de los que hasta entonces habían sido sus compañeros y fué en busca de Pedro, a quien le estrechó la mano, diciéndole :

—Gracias, amigo... Esperaba que te portases así... Lo único que quiero ahora es pedirle perdón a Marion por el daño que le he causado.

—No tienes que pedir perdón de nada—exclamó Pedro—. Lo que has hecho te absuelve.

Inmediatamente fueron desarmados todos los marinos y entre los que habían llegado de la «Leone» conducidos a este barco, para ser entregados a las autoridades de tierra.

El oficial de Pedro, al ver la heroicidad de éste, por el hecho de haber entrado solo al barco y que gracias a su gestión habían quedado detenidos los que componían la banda de aquellos traficantes, le estrechó la mano, diciéndole :

—Saavedra, se ha portado usted como un valiente... voy a pedir para usted el ascenso.

Pedro, conmovido por la amabilidad de su jefe, sólo se atrevió a decirle :

—Yo le suplicaría a usted otro favor.

—¿Cuál?—preguntó el oficial.

—Que en vez de ascenso... pidiera un pequeño permiso.

Miró al mismo tiempo a Marion y el oficial, comprendiendo la causa, respondió sonriente.

—Entendido... y concedido...

Corrió al lado de Marion y ésta se abrazó a él llorando de emoción al mismo tiempo que le decía :

—¿Verdad que no has sido tú, Pedro?

—¿Qué es lo que me preguntas?—inquirió él.

—¿Sabes que han matado al comandante?

—¿A nuestro comandante?—preguntó extrañado Pedro.

—Sí—respondió su mujer—. Me dijeron que habías sido tú, y yo, para salvarte, me eché las culpas... Ahora me detendrán cuando lleguemos al puerto.

—No seas chiquilla—le dijo acariciándola amorosamente su marido—. Ni yo he matado al comandante, ni a ti te detendrán. Los asesinos del comandante tienen que estar entre los que hemos detenido... Ya verás que pronto se aclara todo.

Marion se abrazó más fuerte a él, tenía miedo de volverlo a perder y su amor era tan grande que le parecía que solamente teniéndole entre sus brazos podía considerar segura su dicha.

Rita se acercó también al teniente, lo cogió por un brazo y se lo llevó a otro camarote, diciéndole:

—¿Y tú, no te mereces ninguna recompensa?

—Recompensa ¿por qué?—preguntó sonriendo el teniente.

—¡Por tu heroísmo!—exclamó ufana-
namente la muchacha.

—¡Bah!—respondió modestamente él—. Yo no he hecho nada de particular.

—¿Nada de particular?... Nos has salvado.

—Eso no vale la pena—respondió inconscientemente el teniente.

Rita se le quedó mirando fijamente y exclamó:

—Ahora sí que debería yo disgustarte.

—¿Disgustarte?... ¿Por qué?—pre-
guntó sin comprender el oficial, sin-
tiéndose cada vez más seguro del
amor que profesaba a aquella mu-
chacha, que a parte del ambiente en que
la había encontrado, seguía siendo
una verdadera chiquilla, sin la me-
nor pizca de malicia.

—¿Que por qué debo disgustar-
me?... ¿Te parece poco decir que yo
no valgo la pena?

El oficial se echó a reír y le dijo cariñosamente:

—No quise decir eso, bien lo sa-
bes tú, Rita. Tú eres para mí la mu-
jer que más vale en el mundo. Yo
me refería al hecho.

Rita adoptó un aire de cómica se-
riedad y le respondió:

—Acepto esa disculpa y te la per-
dono... Además, para que veas que
no te guardo rencor te daré el pre-
mio que te había ofrecido:

Y abrazándose a él, le ofreció su
boquita, en la que el oficial saboreó
con deleite el placer de aquella cari-
cicia amorosa, dada tan ingenuamente.

Poco después los dos barcos llega-
ban al puerto y los detenidos eran
entregados a la autoridad judicial pa-
ra que los juzgase, mientras que Pe-
dro y Marion, fuertemente cogidos
del brazo se iban hacia la casa de
aquélla, de la que ya no volvería a
salir más, para vivir únicamente para
el hombre a quien adoraba y de quien
era adorada. El «Estrella de Valen-
cia» quedaría tan sólo como un triste
recuerdo, como una pesadilla des-
agradable, de la que no se acorda-
rían más y que había servido únicamente
para hacer más fuerte el lazo de amor que los unía.

FIN.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

La más antigua novela cinematográfica

UNA peseta

PROXIMO NUMERO:

CASADA POR AZAR

Novela que deben leer los que meditan largos años antes de decidirse
al matrimonio y donde una esposa es ganada a cara y cruz. Creación
de Carole Lombard-Clark Gable-Dorothy Mackaill-Grant Mitchel.

Producción PARAMOUNT FILMS.

En seguida:

King Kong - King Kong

YA ESTA A LA VENTA

La SEGUNDA EDICIÓN de

EL SIGNO DE LA CRUZ

La novela más emotiva de todos los
siglos, y obra maestra de la pantalla

Indiscutiblemente los títulos más interesantes
SIEMPRE en

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PIDA EL CATÁLOGO ILUSTRADO A

Editorial “ALAS” - Apart. 707 - Barcelona

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA

PORADA A TODO COLOR
PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

LA MAS SELECTA

MENTIRAS DE NIÑA PETROWNA Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR Al Jonson
LOS PECADOS DE LOS PADRES Emil Jannings
EL DESFILE DEL AMOR Chevalier
EL AMOR Y EL DIABLO Maria Corda
LA INTRUSA Gloria Swanson
LA MARSELLESA L. La Plante
¡ME PERTENECE! F. Bertin
LA FIERECCILLA DOMADA Mary-Douglas
UN HOMBRE DE SUELTA E. Vilches
CASCARRABIAS Roberto Rey
NOCHES DE NEW-YORK N. Talmadge
LA MUJER EN LA LUNA Willy Fritsch
EL ZEPPELIN PERDIDO Conway Tearle
LAS LUCES DE LA CIUDAD Charlie Chaplin
SU NOCHE DE BODAS I. Argentina
DON JUAN DIPLOMÁTICO C. Montalbán
EL EMBRUIJO DE SEVILLA Ladrón de Guevara
LA ÚLTIMA ORDEN Emil Jannings
NAUFRAGOS DEL AMOR J. Mac Donald
EL CABALLERO DE FRAC Roberto Rey
EL COMEDIANTE E. Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES Carlos Gardel
EL TENIENTE SEDUCTOR Chevalier
EL SECRETARIO DE MADAME Willy Forst
LA ARLESIANA José Noguero
ENTRE NOCHE Y DÍA Elena D'Algy
LOS QUE DANZAN A. Moreno
AL ESTE DEL BORNEO C. Bisckford
M. (El Vampiro de Dusseldorf)
LA DAMA ATREVIDA P. Lorre
FATALIDAD R. Pareda
EL PRINCIPE GONDOLEIRO M. Dietrich
SVENGALI J. Barrymore
CARNE DE CABARET Lupita Tovar
EL DOCTOR FRANKENSTEIN B. Karloff
PAGADA Joan Crawford
CATOLICISMO G. Froelich
KISMET Loretta Young
CIMARRON Richard Dix
EL TENIENTE DEL AMOR G. Froelich
DIRIGIBLE Jack Holt
LA DAMA DE UNA NOCHE F. Bertin
NACIDA PARA AMAR C. Bennet
AVENTURAS DE TOM SAWYER Jackie Coogan
MARIUS Raimu
UNA MUJER DE EXPERIENCIA Nancy Carroll
EL ÁNGEL DE LA NOCHE H. Twelvetrees
UNA CANCIÓN, UN BESO, UNA MUJER G. Froelich
UNA HORA CONTIGO M. Chevalier
DOS CORAZONES Y UN LATIDO Lillian Harvey
RONNY Kathe de Nagy

ATLANTIDA Brigitte Helm
EL EXPRESO DE SHANGHAY M. Dietrich
COCKTAIL DE CELOS C. Bennett
UN CHICO ENCANTADOR Henry Garat
LA REINA DRAGA Pola Negri
VICTORIA Y SU HUSAR I. Petrowich
EL CONGRESO SE DIVIERTE Lillian Harvey
REMORDIMIENTO P. Holmes
¡QUE PAGUE EL DIABLO! Ronald Colman
EL IDOLO John Barrymore
BAJO FALSA BANDERA Richard Dix
MANCHURIA Frederich March
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO Silvia Sidney
DAMAS DEL PRESIDIO Charlotte Suss
ESPERAME C. Gardel
AMAME ESTA NOCHE M. Chevalier
UN "AS" EN LAS NUBES Billie Dove
LA COMEDIA DE LA VIDA Florelle
UNA NOCHE CELESTIAL John Boles
POR LA LIBERTAD Luis Trenker
EL MARIDO DE MI NOVIA Marie Glory
PRESTIGIO Adolphe Menjou
ROCAMBOLE Rolla Norman
14 DE JULIO Rene Clair
REDIMIDA Frederich March
EL MILAGRO DE LA FE Hobart Bosworth
LA VENUS RUBIA M. Dietrich
RASPUTIN Conrat Veidt
LA AMANTE INDOMITA Bebe Daniels
MERCEDES J. Santpere-Arcos
SUEÑO DORADO Lillian Harvey
CORRESPONSAL DE GUERRA Jack Holt
UNA MUJER PERSEGUIDA Vinne Gibson
UNA MUJER CAPRICHOSA C. Colbert
LABIOS SELLADOS Clive Brook
BORIS KARLOFF Boris Karloff
¿DELINCUENTE? B. Stanwyck
CRUEL DESENGAÑO Gloria Swanson
INDISCRETA Gloria Swanson
EL DOCTOR ARROWSMITH Ronald Colman
DIPLOMÁTICO DE MUJERES Marta Eggerth
LA ÚLTIMA ACUSACIÓN John Barrymore
LA HIJA DEL DRAGÓN Ana May Wong
¡QUE VALE EL DINERO? G. Bancroft
VIAJE DE NOVIOS Brigitte Helm
PASTO DE TIBURONES Edward Robinson
EL ROBINSON MODERNO D. Fairbanks
SOLTERO INOCENTE M. Chevalier
I. F. I. NO CONTESTA Charles Boyer
MELODÍA DE ARRABAL Argentina Gardel
EL SIGNO DE LA CRUZ March. E. Landi
TODO POR EL AMOR J. Kiepura
DANTON J. Gretilla

EDITORIAL "ALAS"

Apartado de Correos 707
Valencia, 234 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones con pletas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel couché - Portada a todo color - 50 céntimos

Ave del Paraíso

interpretada por la bella actriz Dolores del Río y J. Mac Crea.

Bombas en Montecarlo

por la nueva estrella Katha de Nagy y el apuesto Jean Murat.

El Príncipe de Arkadia

bellísima opereta, por Willy Forst y la genial Liane Haid.

La insaciable

por la fascinante Carole Lombard acompañada por Ricardo Cortez y Paul Lukas.

El vencedor

protagonistas: Jean Murat y la bella actriz Katha de Nagy.

El tigre del Mar Negro

Obra basada en los comienzos de la Revolución rusa.

Creación del célebre Bancroft y Miriam Hopkins.

Tentación

Novela sugestiva por Constance Bennett y Joel Mac Crea.

Estupefacientes

Novela de intriga, creación de Peter Lorre y Jean Murat.

El hechizo de Hungría

Creación de la bellísima artista Gita Alpar y el simpático actor Gustav Frohlich.

El malvado Zaroff

Novela del más alto interés, por Joel Mc. Crea y FayWray.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona
Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

PRONTO

KING-KONG



Cop. FAY WRAY
ROB. ARMSTRONG
BRUCE CABOT

RKO-RADIO
Picture

La más emocionante
novela de aventuras,
cuyo asunto está
apasionando al mun-
mundo entero, por su
originalidad y fulmi-
nante sensación. ☺

PRINCIPALES INTERPRETES

FAY WRAY
ROBERT ARMSTRONG

Pida su ejemplar antes de que se agote a

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

